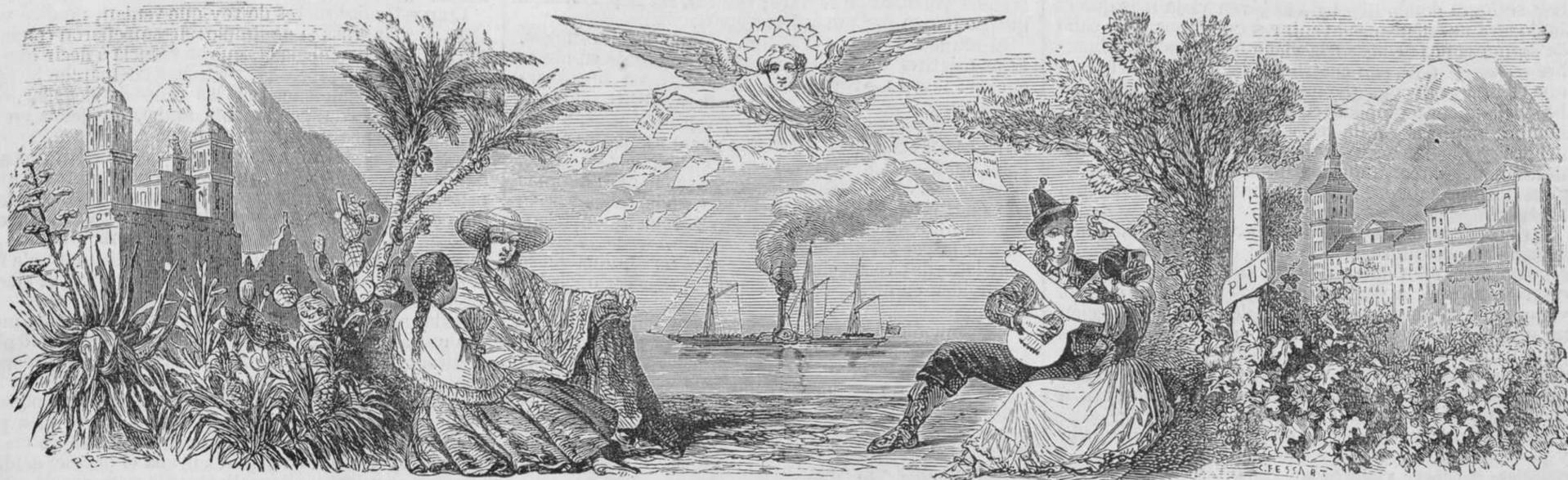


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 421.

Administración general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

SUMARIO.

Estado actual de las obras del canal del Ourcq; grabado. — Los viajes. — Una comida de meros. — Revista de París. — La crecida del Sena; grabados. — El arsenal de Mantua; grabado. — Escena de la Revista del teatro de Variétés; grabado. — Una historia inglesa. — Noticias de la China; grabados. — Costumbres orientales. — Embellecimientos de París; grabados. — La caza con buho; grabados. — Los aventureros. — Revista de la moda. — Febrero; grabado.

LOS VIAJES.

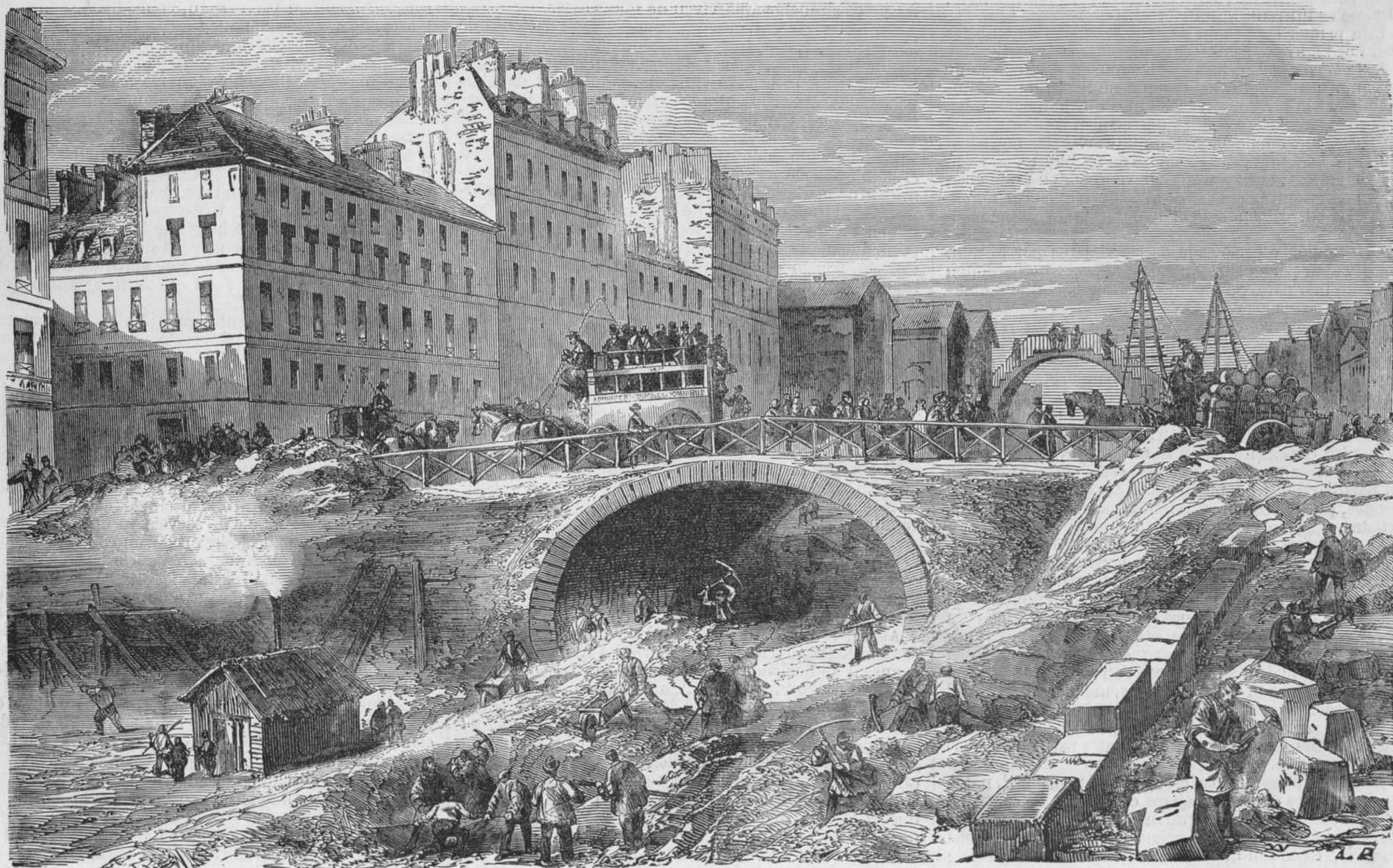
Pocas cosas hay mas curiosas que el estudio del hombre. No de un hombre en particular, sino de ese hom-

bre de mil cuerpos y almas, joven y viejo, macho y hembra, rey y vasallo, que llora y rie, que nace y muere á un tiempo; de ese ente raro que se llama humanidad. Grande es el mundo, prodigiosa la diversidad de espectáculos que ofrece, pero nunca podrá presentar mas variedad que los hombres, todos distintos en su modo de obrar, aunque idénticos en su manera de ser; todos con diferentes inclinaciones, pero todos hombres; todos vestidos de diverso traje, pero del mismo barro. Parece mentira lo que voy á decir, pero si lo es, tiene sus visos de verdad. Lo mismo que Lavater dice que la cara de cada hombre se parece á la de un animal, cada generacion toma por modelo un animal y le imita. Los romanos remedan al águila, y se precipitan con sus garras sobre su presa, sobre los demás pueblos. Posteriormente los hombres imitan al paciente buey, y entregan su cabeza al yugo de la tiranía. Algunos, á ejemplo del gato, se arañan en las discordias civiles. La sociedad actual toma por modelo á la ardilla. Los hombres del dia no pueden estarse quietos, nada lo prueba co-

mo esa inquietud, ese afan por viajar, afan que lleva de un rincón á otro rincón de esta gran bola llamada mundo.

No se viaja hoy como los nómades para dar pasto á los rebaños, no se surcan los mares para ir á buscar tierras que conquistar; se pasa el mar, se sube al monte, se cruza el desierto, se penetra en la caverna para ver, y solo para ver.

Antes un viajero era una curiosidad, á su alrededor se agrupaban todos sus parientes y amigos para oír (con la boca abierta) contar prodigios, aventuras, naufragios, apariciones, tempestades, cautiverios, combates y sobre todo bolas. Pero esto pasó ya, y contar mentiras es imposible, pues casi no hay persona acomodada que no haya salido del nido de la patria para volar por el vasto mundo. Todo hombre bien educado debe ante todo viajar, pero no así como se quiera, sino recorrer miles de leguas. No para recoger datos como los antiguos filósofos, historiadores ó poetas, no para comerciar, no, sino para ver, para poder decir con la concien-



EMBELLECIMIENTOS DE PARIS. — ESTADO ACTUAL DE LAS OBRAS DEL CANAL DEL OURCQ. PRIMER PUENTE ENTREGADO Á LA CIRCULACION.

cia limpia: he estado en tal parte, he visto tal cosa.

Un joven es calavera, rebelde, incorregible. «Mánde Vd. á viajar, le dicen al padre; quizá sentará la cabeza,» y lo que en otro tiempo se conseguía encerrando, hoy se logra dando libertad. El joven viaja mas que el Judío errante, tiene mas aventuras que Ulises, y al cabo de algunos años de ausencia viene hecho todo un hombre *comme il faut*, con cuatro mil leguas en el cuerpo, que es una gran cosa. ¿Se ha corregido? poco importa: ha viajado, ha cumplido con el primer deber de un hombre bien criado. Ha recorrido Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania; en Italia ha visto muchas columnas, muchos arcos, muchas ruinas; ha estudiado en el gran libro del mundo. ¡Cuántas cosas ha visto! ¡cuánto ha andado! ¡cuánto sabrá!

No faltará quien me interrumpa para probarme que la facilidad, baratura y prontitud con que se camina son causa del afán que por viajar se observa, y no otra cosa. No negaré la verdad que hay en esto; pero ¿y el viajero que penetra en los países donde la civilización no ejerce su imperio, y camina como en los tiempos primitivos, rodeado de mil peligros? ¿Es por la facilidad? No. El hombre es naturalmente curioso, y cuando ha conquistado plenamente su libertad, se abandona á su instinto que le guía á ver cosas nuevas.

Los millones de viajeros, que como hormigas cruzan y pisotean nuestro globo, se pueden dividir en varias especies, á saber: viajeros por pedantería, viajeros por afición, viajeros por necesidad y viajeros científicos.

Los viajeros por pedantería constituyen una de las especies mas raras. Estos son por lo general jóvenes que sin otras miras que la de hacer algo, ó darse importancia, gastan sus rentas en viajar por viajar. Poco les importa si tal edificio es gótico, árabe, si tal paisaje es ó no pintoresco; su objeto es decir, lo he visto, nada mas. Estos creen firmemente que ir á París es hoy mas obligatorio que al mahometano hacer su peregrinación á la Meca. Estos viajeros tienen marcados los límites donde acaban las fondas y ferro-carriles; de allí no pasarán aunque á una legua mas allá estén, no las ocho, sino las ocho mil maravillas del mundo.

¿Ha estado Vd. en París? pregunta cualquiera de estos á un amigo suyo. — No, responde este, con la cara colorada como la remolacha. — ¡Hombre, es posible! Apenas se lo consiente el estado de sus negocios, el *corrido* corre á París, está allí unos días, y limpio ya su honor vuelve ufano, y dice: he estado en París; como si dijera, ya soy hombre.

Uno de estos viajeros se casa; á viajar, y de la iglesia al coche; un camino se convierte en su lecho de himeneo. Latigazo va, latigazo viene, y los novios corren, vuelan, se alejan: que llueva, que haga frío, nada importa, adelante, adelante. Abandonan sus espléndidas moradas para ir á comer el pan de una posada y á dormir en un mal tablado. ¿De quién huyen? ¿á dónde van? ¿porqué se van? Quién sabe... á moverse. De suerte que un hombre que se casa, debe viajar; enviuda, idem para distraerse; enferma, idem para restablecerse. El viaje es un remedio universal.

Esta primer especie de viajeros se subdivide en otras dos. Los *viajeros golondrinas* y los *viajeros moscas*.

Los *viajeros golondrinas* son los que en llegando junio se van huyendo del calor aunque no le sientan, ó á tomar baños aunque estén mas sanos que ganapanes.

Los *viajeros moscas* son los que acuden como moscas á un pastel allí donde hay algo que ver. Estos no tienen plan fijo. Sale una gran escuadra de tal puerto, allá van los primeritos: entra un ejército vencedor en un pueblo, y van á ver entrar el ejército: se construye el *Leviatan*, y cáteles Vd. paseándose por la cubierta de este pueblo flotante.

La segunda especie es la de los viajeros por afición. Estos viajan por gusto, son incansables, y no perdonan gasto alguno para ver cuanto el mundo contiene notable. Salen armados de un cuaderno y en él escriben sus impresiones de viaje. Llegan á un pueblo, y en vez de descansar le recorren de cabo á rabo. Ven un río, y á su orilla improvisan una oda, ó una reflexión si no saben hacer odas. Ven una columna ó una ruina iluminada por la luna, y se quedan petrificados en la misma columna, y allá va una elegía ó un soneto. Suben á un monte, se extasian y escriben: «aquí, lejos del mundo, se respira libremente, aquí reina la paz y la felicidad.» Estos viajeros no dejan cosa por escudriñar, vuelven á su país cargados de piedrecitas, curiosidades, libros y poesías, pues estos por lo general tienen algo de poetas, artistas, ó de locos si se quiere.

La tercera especie y la mas numerosa es la de los viajeros por necesidad. Estos viajan por sus asuntos. Unos para comprar, otros para vender. Estos para ver sus haciendas, aquellos para ir á desempeñar sus empleos. Muchos para pretender, algunos para casarse; varios para llevar sus hijos á un colegio, etc., etc., etc. Estos viajeros son indiferentes á las bellezas de la naturaleza; su objeto no es andar, sino llegar. Son por regla general gruñones, reniegan de las empresas, maldicen la lentitud en la marcha: el reloj es su brújula, pues tienen por axioma la máxima inglesa *times is money* (el tiempo es dinero). Tales viajeros son convenientes para el desarrollo del comercio.

La cuarta clase, la mas corta, pero la mas útil, noble y generosa, es la de los viajeros científicos. La constituyen muchos sabios, que provistos de instrumentos se lanzan por la tierra para arrancar sus secretos á la naturaleza. Estos son infatigables, valientes como el Cid; no hay obstáculo que les detenga, ni peligro que les arredre. Sufren impasibles privaciones, calores y frios. **Viven contentos en el odre de piel de vaca marina del**

esquimal, les sabe exquisito el aceite de ballena del groenlandés, hablan con el café del desierto abrasado, suben á los montes nunca hollados por la planta humana á riesgo de morir rodando por los aires; penetran en los bosques poblados de reptiles; por fin, no hay sacrificio que no hagan por amor á la ciencia.

El mundo civilizado es indigno campo de sus estudios. Estos mártires del saber mueren víctimas de su abnegación: nuevos Arquímedes, embebidos en sus observaciones, son acometidos por una fiera, atravesados por la flecha del salvaje, arrastrados por un huracán, ó quizá abrasados por el sol ó helados por el frío de los polos. Estos hombres, á cuya cabeza puede ponerse á Cook, Humboldt y otros, y entre los cuales se cuentan algunas atrevidas mujeres, son la parte mas noble de la especie humana. No buscan la gloria en la vana ostentación, buscan la verdad allí donde se esconde.

Todas estas castas de viajeros que he enumerado se subdividen en otras; pero seria prolijo hacer su clasificación.

Las comodidades y los adelantos contribuyen á desarrollar la afición á los viajes. Los ferro-carriles facilitan prodigiosamente la traslación. Los países no están poblados de ladrones, lobos ó monstruos como en otros tiempos. Ya no necesitamos caballeros andantes para defendernos; los caminos están poblados de atentos guardias civiles, que con sus carabinas hacen mas hazañas que diez mil caballeros andantes, sin hablar tanto como aquellos. En vez de castillos encantados hay elegantes fondas.

Antes se iba un hombre á Salamanca y se separaba llorando de su familia, que rezaba mil rosarios y rogaba al glorioso san Rafael le diese buen viaje. Hoy una señora, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se pone un elegante sombrero, se encuentra en la calle á una amiga. — ¿Dónde vas? — A París; como si dijera, á la esquina. — Vaya, pues hasta la vista, dice la amiga; que te diviertas.

Todo tiene su filosofía, hasta el picotazo de una pulga la tiene.

Filosóficamente considerados los viajes modernos, indican mejoramiento moral en la sociedad, elevación en las ideas. Manifiestan que el hombre moderno, cediendo á un noble impulso, no está encerrado en un círculo mezquino como antes; su inteligencia necesita engrandecerse ante las escenas del mundo. En los tiempos tan decantados por los actuales pesimistas, en los tiempos pretéritos, solo el interés, la ambición ó Dios sabe qué, movían á los hombres á viajar. Hoy viajan por mero recreo, ningún interés les mueve, ninguna herencia les llama. Esto prueba que la sociedad es mas espiritualista de lo que algunos creen.

Económicamente los viajes atestiguan el aumento de la riqueza, su asombrosa circulación, pues grandes capitales que estarían empleados en lujos desmedidos ó detenidos en avaras arcas, se esparcen por la tierra y son un rocío bienhechor para las clases pobres, para el posadero, para el fondista, el mozo, el vendedor de baules y otros muchos que viven de tales cosas.

Política y socialmente representan las relaciones de los pueblos, basadas en el conocimiento mutuo de sus costumbres y leyes; en la union de intereses y razas; la unidad de la especie humana, la ausencia de odios nacionales, etc. A la larga los viajes darán su fruto benéfico para los individuos en particular y en colectividad.

Poéticamente indican engrandecimiento de ideas en el hombre moderno, que busca la inspiración, el conocimiento de la verdad, de la divinidad misma, en la naturaleza, esa fuente perenne de todo lo grande, bello y sublime. Puede decirse que los viajes contribuyen, y no poco, á dar á la moderna poesía ese carácter filosófico y elevado, nacido de la contemplación y observación del mundo y no del mero estudio de las pasiones humanas.

En suma, los viajes son hoy una gran necesidad, y están destinados á producir cambios notables y á dar uniformidad y armonía á las ideas. El hombre no es propietario de la tierra, el usufructo solo es suyo, y no puede negarse que la disfrute bien, cruzando en todas direcciones las llanuras, los mares y hasta el aire.

Hay muchos que viajan por moda, de estos no hablemos. El verdadero hombre moderno viaja, casi diré por necesidad, es viajero por instinto.

El hombre ha nacido para viajar, su vida es un viaje. Todos, mas ó menos, viajamos por aquí, todos viajaremos fuera de aquí, y emprenderemos el largo y oscuro camino que conduce á la eternidad.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

Una comida de moros.

Abd-el-Kader, bajá de Mogador, hombre afable y complaciente, deseando obsequiar á los individuos de la comision de Hacienda encargada del cobro de la indemnización de guerra y á la oficialidad de los buques que la habian conducido, ponía de su parte cuanto le era dable para hacerles menos sensible su larga y forzosa detención en la ciudad de Sueráh. Ya ideaba una cabalgata, ya una *corrida de pólvora*, ya en fin alguna otra distracción de las poquísimas que conocen los moros, y en ellas, siempre á nuestro lado, manifestaba la misma pública deferencia con que nos recibía privadamente.

Para coronar su obra quiso hacernos un obsequio que excediese á todos los demás, y al efecto nos hizo saber que tendria gusto en que le acompañásemos á tomar té, para lo cual nos esperaba á las nueve de la mañana.

El día y á la hora de la cita nos hallábamós todos en casa del señor de Echenique, adonde debiamos esperar recado del bajá, segun lo acordado, y esperamos efectivamente, pues hasta las diez no aparecieron sus emisarios.

Eran estos dos moros de rey que venian, no diré vestidos de gala, mas sí de limpio: desempeñaron como les fué posible su embajada, que se reducía á decir que el gobernador nos esperaba, y puestos en marcha la emprendieron guiándonos por las calles de Mogador, con una gravedad verdaderamente árabe, envueltos en su blanco albornoz y la mano apoyada en el *eskin*.

Llegados al término de nuestro viaje encontramos al bajá acompañado de sus hijos y de varios moros principales. Nos recibió en la puerta de la calle y nos introdujo en un jardincito, en el que bajo un espeso emparado al pié de la pared habia tendida una alfombra, y sobre ella una larga fila de cojines. Nuestra entrada fué la señal para que comenzase una música, cuyos ejecutores estaban ocultos en el ramaje.

Dadas algunas vueltas por el jardín, que no tenia mucho que andar en verdad, pues apenas llegaria á 50 piés cuadrados, entramos en una pieza contigua, en donde estaba la mesa.

Levantada una gasa rosada que la cubria, apareció aquella sin que presentara á nuestra vista el mas pequeño recuerdo oriental. Europeo, todo europeo era lo que en ella se veia: en esto se cifraba el orgullo del bajá, que nos miraba alternativamente con aire de satisfacción. Y no dejaba de ser legítima, porque la mesa estaba puesta con gusto: cubrianla en ordenada simetría multitud de fuentes y bandejas con bizcochos, tortas, galleticas que alternaban con vasos de cristal, y porcelana y otros efectos de adorno.

Tomó asiento el bajá, colocando á su derecha al señor de Echenique y al comandante del vapor *Leon*, á su izquierda al comandante del *Ferrol*, siguiendo á uno y otro lado los oficiales de los buques y los de la comision, que cerraba Jardán, el jefe de la comision marroquí, único moro que fué invitado. Los demás, con los hijos del bajá, se colocaron á usanza suya bajo el emparado.

Como ninguno de los concurrentes creyó que la invitación debiera tomarse al pié de la letra, y que era té y solo té lo que iban á tomar segun las apariencias, no parecerá extraño, que teniendo en cuenta su desprevenido estómago y lo avanzado de la hora, al oír si deseaban té, café ó chocolate, optaran todos por lo mas sólido, ó por mejor decir, por lo menos líquido. Hizo pues su entrada triunfal el humeante guayaquil, que no tardó en ser sacado á pulso, como suele decirse, con la variada coleccion de bizcochos y pastas, todas ciertamente delicadas, que habia á mano.

Un vaso de leche servido despues nos reconcilió un tanto con el desayuno marroquí: mientras levantaban la mesa salieron las petacas (que no en vano soñan españoles), y uno de los convidados la presentó al bajá, ofreciéndole un tabaco, á que no deja de ser aficionado; mas con sorpresa general lo rehusó, diciendo: *No, ahora vamos á almorzar*; y en efecto, coincidiendo con sus palabras, apareció en la mesa, cubierta de nuevo, una enorme fuente de pescado frito fiambre, que estubo para dar al traste con nuestra gravedad; no hubo sin embargo mas remedio que resignarse á seguir el ejemplo de nuestro anfitrión, que no contento con limpiar perfectamente su plato, cuidaba de que estuvieran siempre llenos los de sus vecinos.

Al pescado frito sucedieron con gran desesperación nuestra uno y otro plato hasta siete, salvo error, en cuyo tiempo no cesó la música sus armonías *sui generis* acompañadas de canto ó vice-versa.

A las doce y media vimos por fin el del almuerzo: muy satisfechos de su conclusion nos disponiamos á dejar la mesa, cuando el bajá nos clavó de nuevo en el asiento con la pregunta: ¿A qué hora les parece á ustedes que comamos?

Mirámonos mutuamente con asombro, y como nadie contestase, el bajá que interpretó sin duda por cortedad nuestro silencio, se apresuró á decir: ¡*Va! comeremos á las dos*. Una exclamación general se levantó entonces para objetar que era demasiado temprano, oyendo lo cual prorogó la hora hasta las dos y media, y nadie creyó prudente insistir contra esta medida antidigestiva.

Dos horas quedaban que esperábamos se emplearían en un paseo, pero nuestro anfitrión pensaba de otro modo por lo visto, y apenas salió del comedor, seguido de todos nosotros, se dirigió al emparado, dejó sus babuchas á la puerta, donde se veia ya una larga fila de todos tamaños y tomó posesion de un cojín, poniéndose acto continuo á observar con delicia las espirales del humo de su tabaco. Creyéndonos dispensados de dejar tambien nuestras botas á la puerta nos entramos con ellas, decididos en lo demás á seguir el ejemplo que nos daban, y para empezar, algunos se sentaron á la oriental sobre la alfombra, con gran hilaridad de los moros y del mismo bajá, que mandó entonces traer sillas para los demás.

Entonces pudimos observar á los músicos y oírlos con mas atención: eran cuatro y cantaban acompañándose con sus instrumentos, que consistían en un violín, un laud, una guitarra y una pandereta. El canto, unas veces monótono y seguido, era otras mas vivo y animado, teniendo cierta semejanza con el polo y las saetas que se oyen en Andalucía.

Las entonaban en coro, aunque unísonos, mas en alguna ocasion, cesando el ruido de la pandereta, cantaba alguno de ellos un solo, en que no dejaba de haber sentimiento. Hice que me tradujeran una de las canciones, que era altamente filosófica: «*Todo en este mundo es*

Ilusión, decía: el mejor de los placeres no dura mas que un instante; ¿pero qué mucho si un solo instante dura la vida?»

Los moros escuchaban con aire de complacencia llevando el compás, y hacían repetir una de las canciones, que debía ser muy popular, pues conseguía distraer la atención de dos personajes, que absortos ante un tablero de ajedrez, se batían con no poca inteligencia del juego.

Visitamos la casa, que pertenecía á uno de los secretarios del bajá: era pequeña y estaba destinada únicamente para recibir y obsequiar á los amigos, pues es cosa sabida que los árabes no franquean ni aun para los más íntimos la casa en que habitan con sus mujeres.

Un patio con fuente, rodeado de pequeñas habitaciones, que tenían por todo ajuar una estera de junco, componían esta posesión, á que era anejo el jardín con el salón que servía de comedor.

El mes de noviembre no es ciertamente el de las flores, ni aun en Mogador, así es que el jardín no podía ofrecernos una muestra del gusto y delicadeza con que se dice que las cultivan los árabes; pero ya porque el amo quisiera tener verdura á toda costa, ó ya porque destinara igualmente su terreno á lo útil y á lo agradable, se veían fraternizar en aquel reducido espacio á la berza con el aletí y al tomate con el geranio, el todo rodeado con enrejados de caña, entre los cuales había caminos blanqueados con cal.

A la hora prefijada, esto es, á las dos y media ocupamos nuestros respectivos puestos en la mesa y empezé la comida, sirviendo á cada uno, á modo de sopa, un par de huevos duros y no cocidos en agua sola, á juzgar por su color y sabor especial. No seguiré uno por uno los platos que vinieron despues, que á mas de pesada, no fuera cosa fácil la descripción de algunos de ellos.

Basta saber que fueron 16 en número, sin que entrara en ellos, como elemento principal, mas que vaca y gallina. Las combinaciones necesarias para producir variedad con tan pocos recursos, hace honor á la cocina marroquí, que solo se vale para sus condimentos del aceite de *argán*, estándole vedado todo lo que huele á cerdo; mas en cambio no economiza las especias, sin excluir la nuez moscada, y las adiciona con plantas aromáticas como el gengibre y otras de sabor pronunciado y fuerte.

No desconocen tampoco los *bareme* del imperio la parte de efecto. Picadillos hubo de todos colores que lo producían sorprendente, y mas sorprendente aun despues de gustados, por lo que no faltó quien asegurara *sotto voce* que debían estar confeccionados con pólvora ó por lo menos con copaiva.

Un plato merece mención especial por su originalidad y por el modo con que fué presentado. He dicho que al propio tiempo que comíamos, lo hacían bajo el emparado los hijos del bajá con los otros convidados: los platos pasaban por el jardín, y uno de ellos, por su novedad, hubo de llamar la atención de los que estaban próximos á las ventanas, que preguntaron qué era aquello.

Contestó el gobernador que era el renombrado é indispensable alcuzcuz moruno, que no había creído digno de figurar en nuestra mesa; pero que vendría, ya que había despertado nuestra curiosidad, y trajeron en efecto la enorme fuente, en que á modo de cónica montaña se elevaba á un pié de altura una masa blanquísima coronada por un cráter de que salían en confusión garbanzos, pasas, trozos de carne y gallina, con otras cosas no menos heterogéneas. La parte blanca, el genérico alcuzcuz, es una masa de harina y manteca de vaca que no sabe bien ni mal, siendo muy propia para suplir la falta de pan.

A pesar de la ley de Mahoma, y como una prueba de delicada atención, había en la mesa vino catalán, aguardiente de cera y *potter* ó cerveza negra: los moros, no obstante, no bebieron mas que de esta última.

Dos hebreos, que por su traje y maneras parecían personas de importancia, trinchaban en un extremo de la mesa las aves y demás platos que necesitaban este requisito, haciéndolo con soltura y prontitud. Otros dos, también judíos, pasaban despues las fuentes á la mesa y cambiaban los platos y cubiertos, dándolos á otros sirvientes que los esperaban en las puertas.

El carácter español, que de todo sabe sacar partido, hizo que reinara desde un principio la mas franca y cordial alegría. No contribuyeron poco á aumentarla nuestros huéspedes. Los árabes son muy libres en su trato, y conversaciones que entre nosotros pasarían por escandalosas, son consideradas por ellos como la cosa mas natural y corriente.

En este concepto, atraídos al terreno de su vida privada, se dejaron llevar por el deseo de iniciarnos en pormenores íntimos tan detallados, que habrían bastado por sí solos para poner de buen humor á un hipocondriaco. Jardán estuvo inimitable en sus descripciones, que hacía aun mas interesantes el gracioso castellano chapurrado de que se valía. El *potter* se había subido sin duda á las inmediaciones de su turbante, y hubiera sido muy difícil conservarse serio al verle coger el tenedor, probablemente por primera vez en su vida, y empuñándolo á guisa de puñal tratar de pinchar los bizcochos y los dátiles, que parecían burlarse de sus esfuerzos escapándose del plato y rodando rebeldes por la mesa.

Los músicos habían reservado para la hora de la comida las mejores piezas de su repertorio: una de estas al final, despertó en nosotros reminiscencias de pasados tiempos. A los primeros acordes todos creímos reconocerla; pasado un momento no podía ya quedarnos du-

da: era el bien conocido *Mambri se fué á la guerra*, ejecutado á toda orquesta.

Cómo y cuándo había llegado á Mogador este aire, delicia de nuestra niñez, es lo que no pude averiguar: los músicos lo tocaban porque lo habían oído tocar á sus predecesores ó maestros: esto es lo que podían decir: ni conocían la letra ni tenían la mas remota idea de la existencia del célebre é infortunado Malborough.

A las cinco y media, terminada la comida, nos hicieron salir de nuevo al jardín mientras levantaban la mesa y la preparaban para servir el café. Acababa de separarme del bajá, y preguntándome los demás de qué tratábamos, me ocurrió contestarles: «me ha dicho que ahora tomaremos café y á las ocho cenaremos.»

La cómica expresión de terror que se dibujó en sus semblantes hubiera sido buen asunto para una fotografía: felizmente no era la intención de Abd-el-Kader llevar tan adelante su agasajo, que terminó con el moka, presentado, como por la mañana, entre promontorios de bizcochos de toda especie.

El bueno del bajá nos repitió con aire de sinceridad que solo su buen deseo podría hacer excusables las faltas que necesariamente debíamos haber notado en su servicio, que tanto se separaba de las costumbres del país, y todos nos apresuramos á cumplimentarle, por el contrario, por el buen gusto y delicadeza que nos había demostrado, asegurándole que conservaríamos siempre un grato recuerdo de aquel día.

Para que se comprenda cuán verdadera debía ser nuestra gratitud, bastarán algunas palabras respecto al modo de comer de los moros, no los de la plebe, sino los que lo hacían á poca distancia de nosotros, presididos por los hijos del gobernador.

Trajéronles primeramente un jarro y una palangana, en que fueron sucesivamente lavando su mano derecha, y efectuada esta operación preliminar, y sentados en círculo sobre la alfombra, colocó un criado en el centro una mesita redonda de unos tres palmos de diámetro y uno de altura, con una cubierta cónica de paja de colores. Levantada esta, apareció el primer plato, que era de gallinas cocidas. Uno de los actores de esta escena tomó un pan grande, lo hizo pedazos con la mano, y lo repartió á los demás, y entonces embistieron alternativamente á las gallinas, metiendo la uña del pulgar en la pechuga ú otra parte, sacando tiras ó pellizcos, que llevaban á la boca sin mas ceremonia. El mismo procedimiento emplearon para los demás platos, cada uno de los cuales venía con nueva mesa y cubierta. Los que tenían salsa les procuraban grande entretenimiento, pues mojaban en ella los mendrugos, lo mismo que en el almibar de los dulces, chupando por apéndice los dedos.

No usan mantel, ni servilleta, ni cuchillo: la mano derecha es de lo único que se sirven, y aun de esta sería una falta de educación emplear mas de dos dedos, índice y pulgar. El agua, su sola bebida, circulaba en un tazon ó cuenco de porcelana que servía para todos.

Concluida la comida y levantada la última mesita volvieron á traer la palangana, sirviéndoles á continuación café hirviendo, que absorbían con gran fuerza y ruido.

Volviendo á nuestra mesa, una cosa excitaba vivamente mi curiosidad. ¿De dónde habría sacado Abd-el-Kader (que es hombre de buenas luces) que el chocolate ó café debía preceder al pescado frito? Un hebreo de los que trinchaban me desifró el enigma algunos días despues. Deseoso el bajá de ofrecernos una comida enteramente á la europea, hizo preguntar subrepticamente á nuestros criados el orden seguido en nuestro sistema de alimentación, y como dijeron que acostumbáramos á tomar té, café ó chocolate antes de almorzar, el intérprete hubo de tomarlo al pié de la letra suprimiendo el paréntesis de algunas horas que suele mediar entre ambos. De aquí que la invitación fuera á tomar el té por donde debíamos empezar.

Si esta bebida ha dado pretexto y nombre para ciertas reuniones que se han denominado *tés littéraires*, *tés dansants*, etc., etc., según su verdadero objeto, creo que se podría llamar igualmente *té mangeant* al que ligeramente queda descrito, que espero no se pondrá nunca de moda en España.

CESÁREO FERNANDEZ.

Revista de Paris.

El juéves último hemos tenido una gran solemnidad en la Academia francesa, motivada por la recepción del P. Lacordaire. Largo tiempo hacía que la elocuente voz del ilustrado predicador que tantas veces ha resonado en las bóvedas de Nuestra Señora, no se hacía oír en Paris donde tiene tantos y tan entusiastas admiradores. Así la ceremonia de que vamos á hablar había llamado altamente la atención de un público como el de Paris, tan inclinado á interesarse siempre en las fiestas de la inteligencia.

La sesión del juéves tenía tambien otros atractivos. El padre Lacordaire había sido elegido miembro de la docta corporación hace cerca de un año, y esta lentitud inusitada entre la elección y la recepción había dado margen á comentarios de todo género. Además, era la primera vez desde que existe la Academia que iba á entrar en su seno un religioso del clero regular, un dominico, encargado de hacer el elogio de su antecesor M. de Tocqueville, el panegirista de la democracia americana; y finalmente, á este discurso de un orador católico debía contestar nada menos que M. Guizot, un protestante.

Así, en cuanto se hubo fijado el día de la recepción, los académicos se vieron asaltados por una muchedumbre ávida de asistir á la ceremonia; y para no citar mas que un ejemplo

del furor de petición que se apoderó de los parisienses, diremos que M. de Villemain recibió mas de siete mil cartas pidiéndole billetes de las tribunas donde apenas caben mil quinientas personas. Un periódico ha anunciado que hasta se habían falsificado papeletas de entrada, y casi estuvimos á punto de creerlo al ver que muchos hubieron de renunciar á entrar por estar todo lleno, aun cuando tenían billete y habían esperado á la puerta del Instituto dos ó tres horas. Pero es verdad tambien que quizá se hizo en la Academia lo que se hace diariamente en los teatros; despachar mas entradas que localidades existen en la sala. En estos lances el público parisiense demuestra una paciencia digna de alabanza y de premio.

Sea como quiera, á las dos de la tarde colocadas ya las personas que habían tenido la suerte de penetrar en el santuario, y honrada la reunión con la presencia de la emperatriz Eugenia, el príncipe Napoleon, la princesa Clotilde y la princesa Matilde, hallándose allí igualmente con muchos de los principales personajes de Paris, los generales Lamorieiere y Changarnier, comenzó la lectura de su discurso el P. Padre Lacordaire.

Todas las diversas fases de la corta existencia de M. de Tocqueville han sido tratadas con acierto en este notabilísimo discurso; pero el P. Lacordaire ha insistido particularmente en las ideas que se había formado su antecesor acerca de la democracia americana, que había estudiado á fondo, y le había suministrado materia para componer un libro que obtuvo en toda Europa un gran éxito. Con este motivo el orador se extendió en un paralelo entre la democracia americana y la democracia europea, en el cual no hay mas que alabanzas para la primera y vituperios para la última; aquella está dotada de todas las virtudes; posee «el espíritu religioso, el respeto innato de la ley; estima la libertad tanto como la igualdad; considera la libertad civil como el primer fundamento de la libertad política;» — la democracia europea «salvo nobles excepciones» se halla guiada por un espíritu diametralmente opuesto. En suma, de este paralelo viene á resultar que en tanto que los americanos «han fundado un gran pueblo religioso, poderoso, respetado y libre,» aunque «no sin peligros,» la democracia europea no ha hecho mas que enterrar «abusos en ruinas,» edificando aquí y acullá una libertad efímera y agitada, y «dueña del porvenir, nos prepara, añade el orador, si al fin no se instruye y se modera, la espantosa alternativa de una demagogia sin fondo ó de un despotismo sin freno.»

Ya sabemos que el P. Lacordaire había perdido muchas de sus ilusiones en los agitados tiempos de 1848; pero no creíamos que las hubiese perdido todas. Al ver tan exaltada á la democracia americana á costa de la de Europa, M. de Saint-Beuve exclama con mucha gracia en el *Moniteur* que está tentado de salir á defenderla.

Sin embargo de esta opinion contestable en ambos extremos, este trozo del discurso del P. Lacordaire ha sido considerado literariamente como una obra importante. El orador nos mostró despues á M. de Tocqueville trabajando en la difícil tarea de fundar la libertad en Francia, y en seguida abandonando el ministerio al cabo de algunos meses para retirarse á la vida privada, donde le esperaban todos los goces del ciudadano honrado con el aprecio general de sus compatriotas, y favorecido en su interior por la felicidad mas inalterable.

El discurso todo abundante en imágenes y matizado de alusiones políticas de un interés actual, fué pronunciado con un ardor que mereció repetidas veces el aplauso del escogido público que llenaba el recinto.

La respuesta de M. Guizot fué, como todos esperaban, digna de él, de aquel á quien se dirigía y de la solemnidad del momento. La primera parte en que despues de felicitarse de vivir en unos tiempos que le permiten ponerse frente á frente á discutir con un católico tan célebre en el púlpito, trazó á grandes rasgos el retrato del eminente predicador, es de una maestría consumada.

«Hace treinta y seis años, dijo, érais una de las esperanzas del foro de Paris, y á tan ardua carrera habíais llevado gustos, instintos y vuelos de imaginación y de alma que ella no podía satisfacer: «Trabajo con paciencia, escribais á un amigo, porque el porvenir se abre ante mis ojos; todos me vaticinan un buen porvenir, y sin embargo, á veces estoy cansado de la vida; la sociedad tiene pocos hechizos para mí; los espectáculos me enojan. No tengo sino goces de amor propio; vivo de esto, y aun principio á cansarme igualmente.» Un hombre eminente, vuestro guía entonces y hoy vuestro colega y el mio, que era ya hace treinta y seis años lo que es en el día, la gloria de ese foro en que acabais de entrar, M. Berryer os dijo un día: «Temo vuestra imaginación rica y vagabunda, la ardiente temeridad de vuestros pensamientos, la exuberancia de vuestro lenguaje; comprometeréis en la independencia y las luchas apasionadas del foro vuestras grandes ventajas naturales; necesitáis sufrir un yugo, someter vuestro espíritu y vuestro talento á una autoridad fuerte y severa.» Algunos años despues M. Berryer oía decir que en la capilla del colegio Estanislao, un joven catequista hacía unas conferencias muy notables, y fué á oírle. Érais vos; la fe se había apoderado de vuestra alma; habíais seguido el profético consejo de vuestro maestro, y por favorables que hubiesen sido sus esperanzas respecto de vos, seguramente las habeis sobrepajado.

» Al cabo de algunos años mas, M. Berryer iba de nuevo á oírlos, no ya á la modesta capilla del colegio Estanislao y sentado al lado de jóvenes estudiantes, sino á la catedral, bajo las bóvedas de Nuestra Señora, en medio de un público inmenso, de una muchedumbre escogida de ambos sexos, de toda edad y condicion, de todas opiniones, que acudían á verlos y á escucharlos, para elevarse á Dios é inclinarse delante de él hechizados por el encanto de una voz mu y humana. M. Berryer os había prometido que seríais un eminente orador sagrado; lo érais y mas aun; érais un nuevo misionero de la fe y de la Iglesia cristiana. Al principio habíais vivido lejos de

sus hogares entregado al impulso de vuestra época y de vuestro propio corazón; pero luego habíais entrado bajo su ley guiado por las más nobles inspiraciones. A ella queríais llevar también a vuestros contemporáneos esparciendo libremente delante de ellos todas las ideas, todas las emociones, todas las riquezas de vuestra alma, y tocando todas las cuerdas de las de ellos. Predicador tan variado y casi tan agitado como vuestro público; orador poseído aun de las impresiones del mundo de que acabábais de salir para ir á Dios, os hallábais conmovido también por esa multitud de impresiones turbadas y flotantes, de las cuales queríais arrancar á vuestro auditorio para llevarle á las regiones serenas de una fe firme y de una piadosa sumisión. Entre aquellos que os escuchaban, algunos se sorprendieron y aun se inquietaron á veces por los arrebatos imprevistos de vuestra alma, por las comparaciones y los extraños contrastes en que vuestro pensamiento parecía complacerse, con las formas atrevidas y familiares de vuestro lenguaje. Pero aun aquellos se sentían encantados y atraídos por vuestra elocuencia, y elevados á través de aquellas nubes y aquellas tormentas hacia la luz divina y el cielo puro. Por lo demás, en todas las carreras está en la condición de los hombres destinados á influir poderosamente sobre sus semejantes, el sorprenderlos y turbarlos, el ser para ellos

motivos de duda y de inquietud, al propio tiempo que ceden admirados á su influjo. Para remover y dominar á los hombres, es preciso inspirarles simpatía y sorprenderles; mostrarse á la vez uno de ellos y otro que no es como ellos, y

segundo viniendo de aquí á parar á los actuales sucesos, que cree dirigidos por la democracia y anatematiza fuertemente.

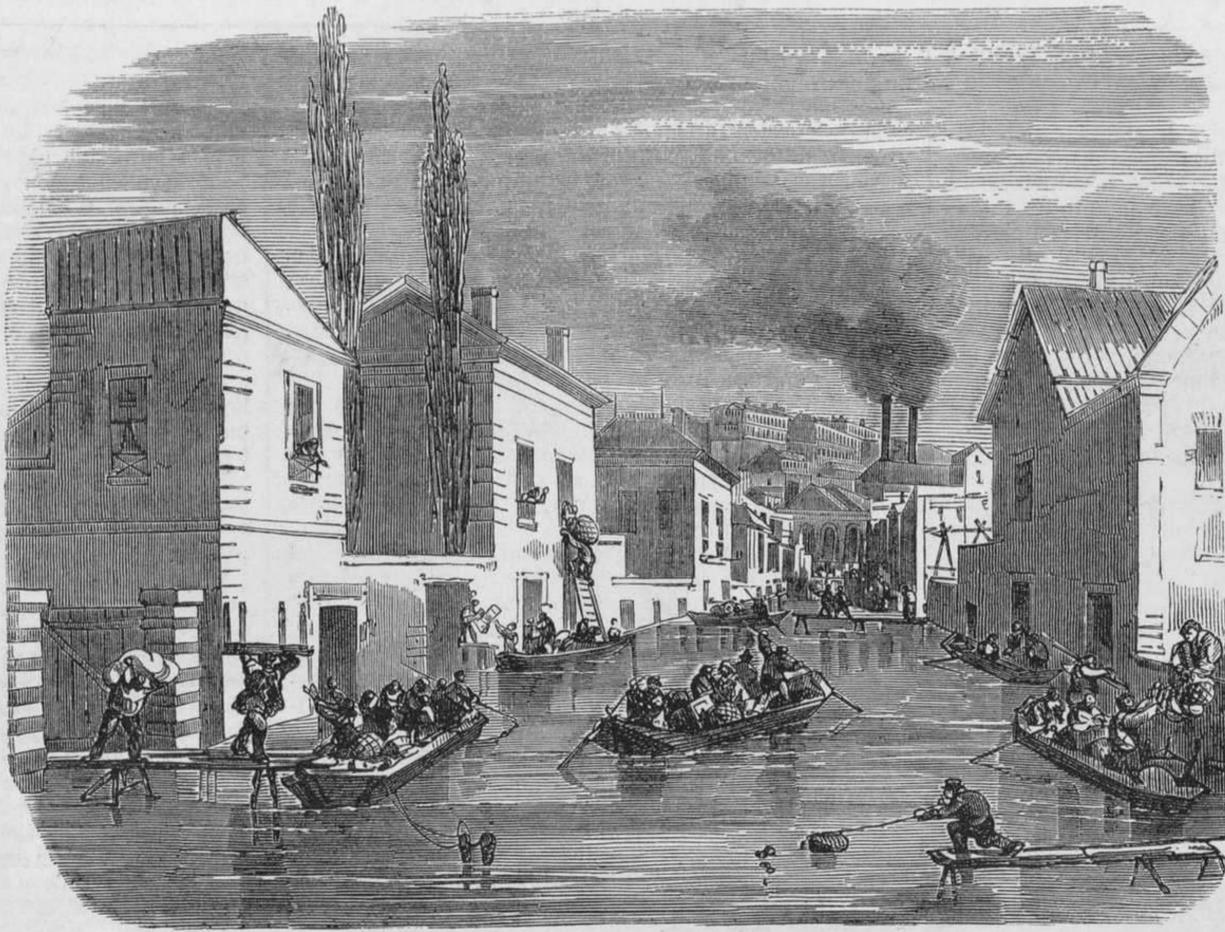
Apresurémonos á decir que estas excursiones al terreno ar-

tocar fuertemente, aunque con mano fraternal, las llagas que quieren curarse. Este era el carácter de vuestras conferencias y el secreto de su influencia y de sus atractivos.»

No pensábamos extendernos tanto en esta cita, pero para completar el retrato de la figura tan característica y tan original del P. Lacordaire, ha sido preciso llegar hasta este punto.

M. Guizot ha tratado también de M. de Tocqueville, y con este motivo ha entrado en apreciaciones sobre la sociedad americana y la sociedad francesa sumamente cuerdas, terminando las partes importantes de su discurso con una ojeada retrospectiva á las luchas parlamentarias de otros tiempos.

Dos palabras más antes de concluir esta brevísima reseña: entrambos oradores han aludido á los asuntos de Italia; el primero tachando de ingratitud al pueblo italiano para con el padre común de los fieles, que fué el primero que inició las grandes reformas políticas; y estableciendo que «la libertad de la enseñanza y la restauración del Sumo Pontífice en su trono terrestre fueron las obras heroicas de la segunda república francesa;» y el



LA CRECIDA DEL SENA : INUNDACION DE LA CALLE CUISSARD EN PASSY.

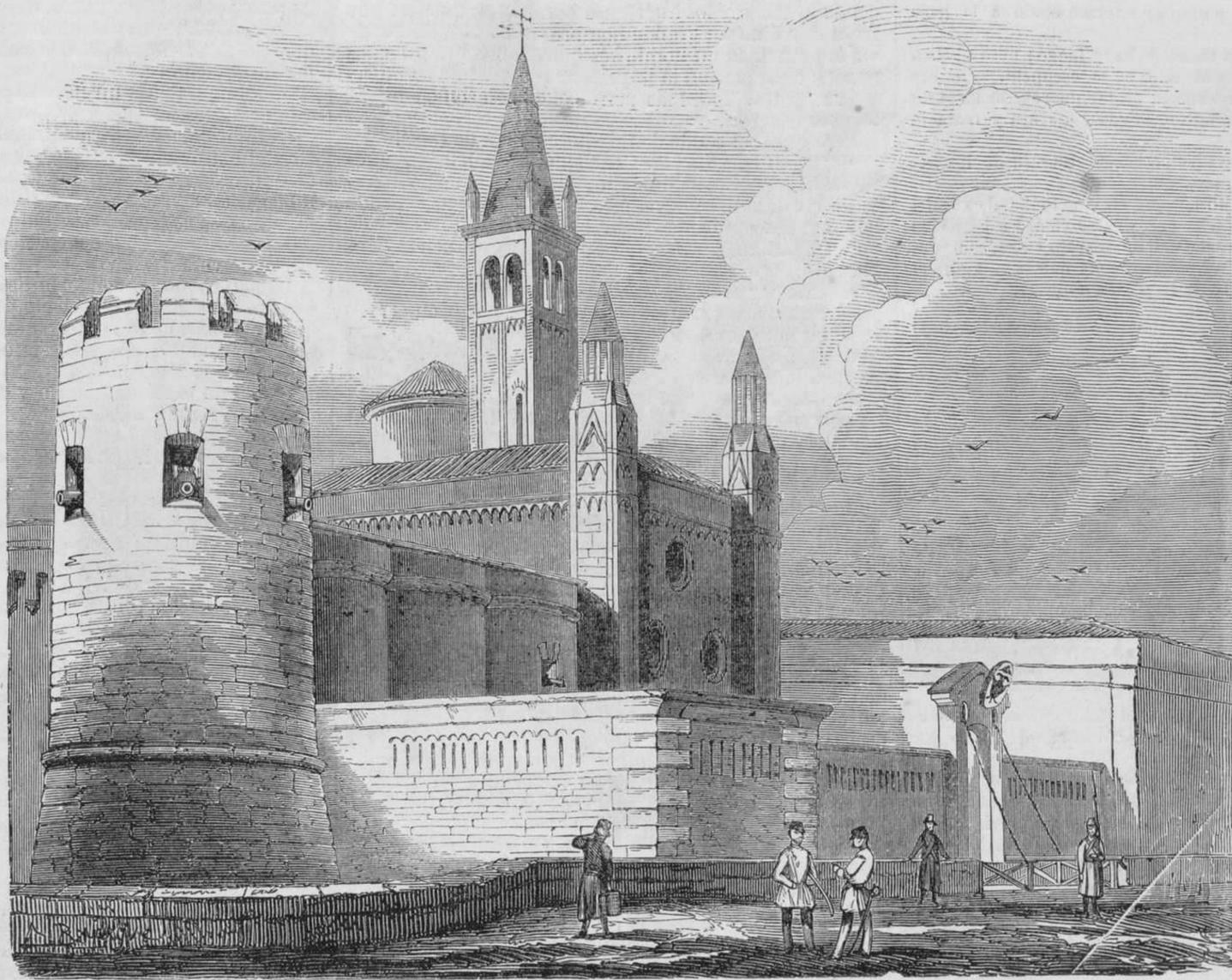


INUNDACION DEL CASERIO DE LA ISLA LABORDE, CERCA DE SAN GERMAN.

diente de la política del día no ocupan un gran lugar en ambos discursos.

Este resumen rápido é incompleto como es, nos deja sin mas espacio que el suficiente para decir algunas palabras sobre varios dibujos que publicamos en estas páginas.

Este invierno habremos tenido de todo en Paris excepto un día bueno. Después de las nieves, el agua y con ellas las inundaciones. El Sena, bien encajonado en Paris, ha tenido que contentarse con inundar algunas cuevas en los puntos bajos, pero se ha desquitado de esta sujecion al salir de la capital inundando varias poblaciones de las cercanías. Entre estas se cuenta Passy, que ha tenido tres ó cuatro calles inundadas, como se ve en uno de nuestros dibujos de la página anterior. El agua se introdujo en las cuevas, en los pisos bajos y hasta en los principales, y los habitantes de



EL ARSENAL DE MANTUA.

estos pueblos han tenido que emplear barcas en sus calles para salvar muebles y llevar viveres á los que estaban sitiados en sus habitaciones. Por fortuna, no ha habido desgracias de consideracion; es decir, no sabemos que ninguna persona se haya ahogado. Otro de nuestros dibujos representa otra escena acuática, la inundacion del caserío de la isla Latorde, cerca de San German.

Es costumbre antigua en Paris el poner en escena á principios de año en todos los teatros de vaudeville, una pieza que con un título cualquiera es como una revista en caricatura de todos los acontecimientos del año precedente. Nada mas divertido que estos cuadros. Ya que tratamos de agua, hé aqui cómo se ha bosquejado en una de estas revistas la extraordinaria abundancia de lluvias que hemos tenido en 1860.

Al alzarse el telon aparece una



ESCENA DE LA REVISTA EN TRES ACTOS Y VEINTE Y UN CUADROS TITULADA OH! LA! LA! QU'EST BÊTE TOUT ÇA, Y REPRESENTADA EN EL TEATRO DE VARIÉTÉS.

selva y está lloviendo á cántaros. De repente asoma una liebre con un paraguas abierto, y á poco rato sale un galgo persiguiéndola, también con su paraguas. No tarda en llegar el cazador trayendo un paraguas enorme atado á la garganta.

El cazador descubre la liebre y hace fuego; pero el tiro no sale por estar mojado el cebo de la escopeta. Entonces nuestro hombre ceba otra vez su arma, guarece la llave de la escopeta con un diminuto paraguas, dispara y mata la liebre.

Por este estilo se hace la historia caricaturesca de los sucesos del año.

La revista que mas éxito obtiene en la actualidad es la del teatro de Variedades, escrita por MM. Cogniard y Clairville con mucha gracia y exornada con un aparato extraordinario, como puede juzgar el lector por la escena que se ve figurada en uno de nuestros dibujos de la página anterior.

MARIANO URRABIETA.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

— Mastin, dijo secamente John; en otros términos, necesitáis un orador público en la Cámara ó fuera de ella.

— Eso es, repuso el conde sonriendo y pegando en su bota con el regio baston; veó que me habeis comprendido. Pero antes de hablar de este asunto tan delicado, tengo otro sobre el cual he encargado á mi agente M. Brown que os consulte.

— ¿Quereis hablar de la proposicion que me hizo ayer en nombre vuestro, para que tome el arriendo de vuestra fábrica de Enderly?

John no nos habia dicho una palabra sobre este punto. — Sí, y espero que todo se arreglará; Brown me ha dicho que hace tiempo deseabais ponerlos á la cabeza de la fábrica; á mí me gustaria tenerlos por arrendatario.

— Milor, ya respondí á vuestro agente que es imposible; así pues, no hablaremos mas de ello.

Y al decir estas palabras John atravesó el cuarto y se fué á sentar cerca de su mujer.

Ursula tenia un aire grave y triste.

Lord Luxmore habia adquirido la reputacion de ser un diplomático muy hábil. Poseia ó sabia darse ese encanto seductor que su hija habia heredado en tan alto grado; y sin duda convenia á sus planes ejercerle en aquel momento, pues se levantó y dirigiéndose á los esposos exclamó con una franqueza cordial:

— ¿No me está permitido á mí, que os deseo todos los bienes de este mundo, y que soy en cierto modo un antiguo amigo de Mrs. Halifax, no me está permitido preguntaros porqué es imposible?

— La razon no es nada misteriosa; es porque no tengo capital.

Lord Luxmore aparentó sorpresa.

— ¡Ah!... disimuladme... pero yo habia tenido el honor de conocer á miss March... y seguramente la fortuna de vuestra esposa...

Ursula se levantó con presteza.

— ¡Mi fortuna!... No, John, déjame hablar... quiero y debo hacerlo. ¡Mi fortuna, lord Luxmore!... Ricardo Brithwood la conserva intacta, y mi marido antes que recurrir á la ley, trabajaria dia y noche para mí y nuestros hijos.

— ¡Oh! Supongo que es cosa de principios; ya he oido hablar de esas ideas, dijo el conde conteniendo una sonrisa burlona. ¿Y vos teneis la misma opinion que vuestro marido?

— La misma. Preferiria vivir pobre toda mi vida á verle en disputas que hasta mancharian su conciencia, con un hombre despreciable, por causa de dinero.

Habria sido preciso ver á Ursula mientras hablaba, ver la mirada que los dos esposos cambiaron entre sí, esposos tan diferentes en ciertos puntos, y sin embargo tan unidos y en realidad «tan uno.»

— Mi querida amiga, repuso John, otra conversacion que la de nuestros intereses particulares sería sin duda mas interesante para lord Luxmore.

— No por cierto, contestó el conde, aunque evidentemente se hallaba cortado.

Y al cabo de una pausa añadió á media voz:

— Es una conducta extraordinaria... ¡imprudente!... si llegara á saberse... los periódicos lo denunciarían... Es preciso que hable sin tardanza á M. Brithwood.

John cambió de conversacion haciendo algunas observaciones sobre el primer ministro M. Percival.

— Me ha gustado mucho su último discurso, exclamo; creo que es un hombre recomendable ó inteligente, á pesar de su oposicion al bill.

— Ya no se opondrá mas.

— Creo, milor, que se opondrá hasta su muerte.

El conde se sonrió.

— Justamente acabo de recibir noticias por un palomo viajero, — mis palomos vuelan perfectamente — noticias muy importantes para nuestro partido: M. Percival ha sido asesinado ayer bajo el pórtico de la Cámara de los Comunes.

Nos quedamos aterrados. ¡M. Percival asesinado, cuando no hacia una hora que habiamos leido su discurso!

— ¡John! exclamó Ursula con los ojos anegados en llanto; ¿y sus pobres hijos?

Escuchamos la deplorable historia mirando á los niños

que jugaban en el jardin. Sin duda experimentaban lo que muchos padres y madres sintieron aquel dia en Inglaterra, al pensar en la suntuosa morada de Londres donde la viuda y los huérfanos lloraban su muerte. Que haya sido ó no un grande hombre de Estado, M. Percival era sin duda un hombre estimable. Muchas personas pueden recordar aun la impresion que produjo su muerte prematura. Todas las personas de corazon en Inglaterra le lloraron.

Pero quizá el conde de Luxmore no era de estas.

— ¡Requiescat in pace! exclamó. Propondré la canonicacion del pobre Bellingham, pues ahora que ha muerto Percival, habrá nuevas elecciones, y de ellas depende la emancipacion católica. M. Halifax, añadió el conde volviéndose hácia John, nos seriais muy útil en el Parlamento.

— ¿Así os parece?

— Vamos á ver, sin rodeos, ¿quereis entrar en él?

John Halifax en el Parlamento! Su mujer y yo nos quedamos atónitos al oír esta proposicion, que sin embargo á él no pareció sorprenderle.

— Nada es mas fácil, continuó lord Luxmore; puedo hacerlos nombrar sin la menor dificultad, pues cerca de aquí hay un distrito electoral, que es el de mi familia.

— ¿Y quereis que sea representado por alguna persona conveniente hasta la mayoria de lord Ravenel, segun me dijo ayer M. Brown?

Lord Luxmore frunció el ceño. Semejantes transacciones tan comunes entonces en el servicio del pais, se mantenian secretas sin embargo, como si hubiesen sido deshonorosas. El jóven lord pareció comprenderlo así, pues al oír pronunciar su nombre se volvió para escuchar y se puso encarnado. No le sucedió lo mismo á su padre.

— Brown es un buen hombre, dijo, pero se apresura demasiado á sacar consecuencias. Mi hijo vacila aun entre la Iglesia y la diplomacia. Pero volviendo á lo que deciamos, Mrs. Halifax, ¿no sois de mi opinion? Podriamos allanar las dificultades en cuanto á las condiciones, las exigencias, etc... ¿no os gustaria ver á vuestro marido representar en el Parlamento á la antigua y honorable poblacion de Kingswell?

Ahora bien, Kingswell era una miserable aldea casi ruinoso, donde John administraba por mi cuenta algunas tierras que me quedaban de la sucesion de mi pobre padre.

— ¡Kingswell! exclamó Ursula; ¡apenas tiene una docena de casas!

— Cuantas menos mejor, señora mia; la eleccion costará menos... trabajo, y el pais ganará mucho gracias á los talentos de vuestro marido. No hay para qué añadir que renunciaria á... he olvidado lo que hace ahora... y que viviria de un modo independiente. Sí, ha nacido para brillar en la política, y será una satisfaccion y una honra para mí el haber contribuido á ello. M. Halifax, ¿aceptais mi proposicion?

— No, milor, sean cuales fueren los argumentos que podais oponerme.

Lord Luxmore no podia creer lo que oía.

— Sois el hombre mas extraordinario que hay en el mundo... ¿Y puedo preguntaros otra vez cuáles son vuestras razones?

— Tengo muchas, pero una bastará; no hay duda que deseo adquirir influencia, autoridad quizá; sin embargo, la última zosa que podria pretender sería una influencia política.

— En cuanto á eso es de fácil compostura; la mitad de la Cámara de los Comunes se compone de maniqués inofensivos que votan como nosotros queremos.

— Es un papel que no me seduce. En tanto que la conciencia sea en política asunto de tráfico, en tanto que el pueblo no sea libre de elegir honradamente á sus representantes, me niego á entrar en el Parlamento. ¿Podriamos hablar de otra cosa, milor?

— Con mucho gusto.

Y la conversacion vino á parar en cosas insignificantes.

Quizá lord Luxmore que principiaba á desengañarse de los placeres del mundo, y que segun decian, se entregaba á las intrigas políticas, este recurso favorito de los viejos, comprendió que en aquellos dias de agitacion, en que la voz del pueblo comenzaba á ser escuchada, sería mas prudente no hacerse un enemigo de aquel jóven, que con otros varios, formaba un término medio entre el pueblo y la aristocracia, y cuyas opiniones tendian á llenar el abismo abierto entre ambos partidos.

Se quedó un rato mas y luego se despidió, inclinándose con mucha gracia y llevándose al tímido lord Ravenel, que no habia pronunciado seis palabras en aquella visita.

Cuando estuvo fuera, John y Ursula respiraron libremente.

— A la verdad, John, poco ha sacado de su visita. Creo que pasará mucho tiempo antes que venga á casa otro conde. Vamos á comer, niños.

Lord Luxmore habia dejado en pos de sí una impresion poco agradable, impresion que duraba aun cuando los niños se fueron á la cama.

Ursula y yo esperamos á John, que aquel dia tardaba mas que de costumbre.

— Mucho se detiene esta noche, dijo varias veces Ursula, y yo la veía estremecer al menor ruido de pasos que se oía en la calle. Pero no obstante, no se movia; ya sabia distinguir cuando él llegaba.

— ¡Aquí está! exclamamos al mismo tiempo.

Y en efecto, entró mi amigo.

Su presencia era siempre motivo de júbilo entre noso-

tros. Fuesen cuales quisieran sus cuidados exteriores, parecia que los dejaba á la puerta de su casa, y por nuestra parte, pronto olvidabamos á su vista las pequeñas contrariedades domésticas.

— Buenas noches, Phineas. ¿Los niños están buenos, querida mia? ¡Lumbre! Lo celebro; hace esta noche un frío de noviembre.

— John, si tienes un flaco es por la lumbre; eres una salamandra.

— Sí, dijo riendo y calentándose las manos; sí, preferiria el hambre al frío. Querida mia, nuestra única prodigalidad es la del carbon; ¡qué hermoso fuego! ¿Los niños están en la cama?

— Lo que es por ellos, se habrian quedado toda la noche hablando de Longfield; están contentísimos.

— ¿De veras?

Me pareció que el tono con que habló era triste y que escuchaba con menos interés que de costumbre la pequeña crónica de la casa que le contaban todas las noches, diciendo él que era esta una distraccion despues de sus ocupaciones del dia.

Ursula no tardó en notarlo y le preguntó:

— ¿Estás muy cansado?

— Un poco.

— ¿Has estado hoy muy ocupado?

— Muchísimo.

Yo comprendia casi tan bien como su mujer lo que significaba este laconismo. Así pues, dejando mi puesto junto á la lumbre á los dos esposos, me fuí hácia la mesa adonde me llamaban los cuadernos emborrionados de Guy y las cuentas de Edwin.

John no tardó en instalarse en mi gran sillón, y entonces pude ver cuán cansado estaba; rara vez le habiamos visto de aquel modo. Mi corazon se oprimia al observar su cuerpo inclinado, sus arrugas en torno de su boca (¡arrugas á treinta y dos años!) y sus ojos fijos en la lumbre con una expresion sombría.

Por fin salió de aquel abatimiento, y tomando la labor de su mujer, exclamó:

— Querida mia, siempre estás cosiendo para los niños.

— Tarea propia de una madre; los nuestros creen que es una maravilla. ¡Qué placer verlos crecer así!... Pero el caso es que rompen muy pronto sus vestidos.

John lanzó un suspiro.

— No obstante, no les falta nada, repuso la madre con presteza... Ahora estoy preparando labores para Longfield.

John guardó silencio un instante.

— ¿Sentirias mucho, exclamó al fin, si... si no fuésemos á Longfield?

— ¡Ah!

Y esta exclamacion involuntaria vino á responder que lo sentiria mucho.

— Temo que no podamos ir... pero en fin, ¿lo sentirias mucho, querida mia?

— Sí, respondió francamente; no tanto por mí como... por los niños.

— Sí, ¡pobres niños!

Ursula siguió cosiendo con presteza durante algunos minutos. La pena que se leia en su semblante se disipó poco á poco; al fin recobró toda su serenidad.

— John, dijo volviéndose hácia su marido, dime porqué no podemos ir á Longfield.

Su marido la respondió con franqueza, como lo hacia siempre, que era porqué unas pérdidas que acababa de tener harian imprudente, si no imposible, todo nuevo gasto. Hasta sería preciso limitar un poco los gastos caseros...

Ursula escuchó sin hacer una sola pregunta, sin proferir la mejor queja.

— ¿Y eso es todo? preguntó con dulzura.

— Todo.

— Pues entonces trataremos de procurar otra diversion á los niños. Hay tantas en que escoger, que bien podemos renunciar á esa, amigo mio.

— Yo renunciaria á todo en este mundo, excepto á tí y á nuestros hijos.

De este modo se abandonó por aquel año el proyecto de ir á Longfield.

Pero John no recobró su serenidad ordinaria.

Habriase dicho que habia llegado á esa crisis terrible en que el hombre mas fuerte sucumbe en el trabajo ó se ve á punto de sucumbir, diciéndose que su pérdida arrastrará á muchos. La expresion de su rostro tenia algo de extraviado; estaba inquieto y se estremecía al mas ligero ruido. Se conocia que se violentaba para dominar su agitacion.

Ursula por lo comun mucho mas viva que él, estaba aquella noche de una dulzura y de una paciencia admirables. En su prudencia aparentaba que no le observaba, y se abstenia de hacerle preguntas; seguia sentada cosiendo y hablaba de cuando en cuando de cosas indiferentes, á fin de que él no notara su inquietud.

Pero al cabo hubo de advertirla.

— No estoy enfermo, querida mia, no te inquietes, únicamente me duele un poco la cabeza; déjame recostarme como los niños.

Y la pobre cabeza cansada se apoyó suavemente sobre el hombro de Ursula.

Poco á poco las facciones de John recobraron su serenidad, hasta que concluyó por dormirse.

Ursula me hizo señal de que no me moviese. El sonido de la péndola del reloj y el ligero chisporroteo de la lumbre eran todo lo que se oía en la sala. Ella no cesó de coser durante algunos momentos, y luego dejando caer la labor sobre sus rodillas, permaneció inmóvil como una estatua. Su megilla tocaba al cabello de John, y algunas lágrimas brillaban en sus ojos que parecian estar

clavados en el vestido de su hijo; pero sin embargo, aquella mirada era serena. Pensaba en los seres amados, en el esposo, en los hijos, que Dios la conservaba en paz y con buena salud; ¿no poseía la inestimable felicidad de ser el consuelo de su marido? ¿no poseía la infinita dulzura de educar á sus niños en el temor de Dios y el respeto á su padre? La fiel esposa, la madre feliz no habría cambiado estas preciosas bendiciones por todas las riquezas del mundo.

De repente se oyó un campanillazo que despertó á John y asustó á los niños en sus camas.

Y todo esto por una simple carta que traía un lacayo de lord Luxmore.

La madre se apresuró á subir para tranquilizar á sus hijos. Cuando bajó, John tenía la carta abierta en la mano y se la entregó en silencio.

Ursula lanzó un grito de alegría.

Las vias de la Providencia son admirables.

La carta estaba concebida en estos términos:

« A M. John Halifax:

» Habiendo llegado vuestra señora Ursula March desde hace algun tiempo á la edad que fijó su padre como época de su mayoría, os prevengo que dentro de un mes á contar de esta fecha, pagaré á vuestra orden el capital y los intereses que le son debidos, y que he guardado en mi calidad de curador, segun el testamento del difunto Enrique March, esquire.

» Recibid, etc.

» RICARDO BRITHWOOD. »

De este modo, para secundar sus propios designios, lord Luxmore habia sabido comprometer á un hombre que no valia mas que él, á hacer un acto de justicia.

Y este beneficio providencial nos llegaba justamente en el momento en que las fuerzas de John parecian estar próximas á abandonarle.

— ¡Oh! ¡John! ¡ya no necesitarás trabajar!...

Y le abrazaba llorando.

John tambien estaba muy conmovido. Este gran socorro inesperado le hacia comprender mas y mas el peso de su carga, y cuán terribles habian sido el temor y la responsabilidad de semejante peso.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó; suceda lo que quiera, estás al abrigo de la necesidad, con nuestros hijos.

Se sentó pálido como un muerto. Su mujer se arrojó á su lado, y rodeó su cuello con sus brazos.

Yo salí sin hacer ruido del aposento.

Cuando volví les encontré sentados junto á la lumbre, hablando alegremente, como era de esperar en aquella circunstancia. Les felicité por su buena fortuna. Todos nosotros habiamos tomado la costumbre de John que se chanceaba sobre todas las cosas.

— Sí, dijo Ursula, John es ya un hombre rico; no olvideis tratar á vuestro hermano con todo el respeto que se le debe, Phineas.

— Y á vuestra hermana tambien, añadió John; ¿no es jóven y hermosa aun? ¿Qué magnífica estará con su vestido de seda gris!

— John, deberias tener vergüenza de chancearte tanto... ¡un padre de familia... un hombre que será el propietario mas rico de Enderly!

John la miró tiernamente y con aire de súplica:

— No antes de haber atendido á tu porvenir y al de los hijos, como he dicho ya.

— Nada tenemos que temer en tanto que estés con nosotros; ¡oh! Phineas, ayudadme á persuadirle; hacelle comprender que el día en que yo vea cumplido el deseo de su corazón, será el mas feliz de mi vida.

Hablamos un rato mas de aquel repentino cambio de fortuna, pues ambos deseaban hacerme comprender, que como siempre, lo que era de ellos era mio tambien; luego Ursula tomó la luz y se retiró.

— Querida mia, gritó John llamándola en el momento en que cerraba la puerta y mirándola con una sonrisa maliciosa; mistress Halifax, ¿cuándo tendré el honor de comprar una pareja de caballos para Vuestra Señoría?

SEGUNDA PARTE.

I.

Quince dias despues fuimos á establecernos á Longfield, que desde entonces fué nuestra vivienda durante muchos años.

¡Longfield! Pequeño nido de amor, de alegría y de paz, donde los niños crecieron y nosotros envejecimos casi sin echarlo de ver; donde cada estacion traía un cambio feliz en torno nuestro; donde la mano de la divina Providencia estaba sobre nuestro techo, bendiciendo nuestros cultivos y nuestras cosechas, y colmándonos con la mas rica de sus bendiciones, el afecto mutuo de todos los miembros de la familia. ¡Querido Longfield! Llegado al borde del sepulcro siento con tu dulce recuerdo que mi corazón se reanima de repente y recobra los latidos de la juventud.

Y sin embargo, era una habitacion bien modesta, bien pequeña cuando nos establecimos... ¿cómo describirla?

Se llegaba á ella desde la carretera por una barrera llamada la Puerta Blanca, de donde partía un sendero en suave declive que conducía al río, y de allí subía hasta la casa situada en un verde montecillo.

Era una casa de labrador, compuesta de una sala, tres buenos dormitorios y la cocina. Provisionalmente tuvi-

mos que construir algunos cuartos en la granja y la lechería. Guy y Edwin dormían en uno de estos cuartos, adonde iba su padre á despertarles. Las ventanas estaban abiertas durante el verano, y los pájaros acudían á ellas con mucha alegría de los niños. El primer año la cocina nos sirvió de comedor, cosa que les agradó sobremanera. Las dos palomitas de Muriel ó á veces una gallina con paso majestuoso se paseaban por allí con toda libertad.

Ahora tengo que contar un suceso que creo fué el primero que vino á interrumpir la deliciosa monotonía de nuestra nueva vida.

Era una mañana del mes de setiembre; Mrs. Halifax, los niños y yo nos paseábamos á la orilla del río hablando del puentecillo que pensaban edificar, y de una cuadra que tambien se trataba de construir para el caballo de John.

Ursula no habia querido que se comprase su pareja; pues despues de haber calculado todo lo que costarian las reparaciones de Longfield y descontado la suma enorme que John se empeñaba en colocar á nombre de su mujer y de sus hijos, antes de utilizar una parte de la fortuna de Ursula en su comercio, nos habia parecido que no seria prudente hacer grandes cambios en nuestro modo de vivir. Y en fin, ¿no era el mayor lujo de la madre el ver á sus hijos felices y sanos, y á su marido libre de sus cuidados y en la posición que ambicionaba? ¿no habia ido John aquel mismo día á firmar el arrendamiento de la fábrica de Enderly?

Mistress Halifax acababa justamente de mirar á su reloj, y nos deciamos que John estaria ocupado en firmar aquel acto importante, cuando Guy nos vino á anunciar que un coche con cuatro caballos queria atravesar la Puerta Blanca.

— ¿Quién puede ser? preguntó Ursula. No se debe permitir, porque estropearán la calle de arena que ha hecho John... Phineas, ¿quereis ir?

¿Quién era? La última persona que yo habria esperado ver, la que no habiamos visto hacia mas de diez años, lady Carolina Brithwood en traje de viaje de paño verde, con su sombrero de amazona cargado de plumas.

Parecia mas alegre que nunca, y sin embargo el colorete no podia disimular las arrugas de su cara. Sus modales eran quizá menos graciosos y mas atrevidos que en otro tiempo.

— ¿Es aquí Longfield? exclamó; M. Halifax... ¡Dios mio! M. Fletcher, ¿sois vos?

Y me tendió la mano con mucha afabilidad y despidió su coche, pues queria bajar conmigo al río á dar un susto.

Mistress Halifax al ver que se alejaba el coche no habia tardado sin duda en olvidarle. Tenia á Walter en brazos y daba la mano á Guy que estaba con los pies dentro del agua.

Edwin, el único de los niños que nada daba que hacer, se hallaba á poca distancia con Muriel.

Lady Carolina se puso á dar palmadas.

— ¡Bravo! ¡Bravísimo! exclamó; ¡qué bonita madre de familia, Mrs. Halifax!...

— ¡Lady Carolina!

Ursula dejó á sus niños y salió al encuentro á su prima, á quien no habia visto desde su matrimonio. Apenas pudo contener un movimiento de ternura y de lástima al ver aquel rostro pálido.

— Muchos años hace que no nos hemos visto, lady Carolina, y las dos estamos cambiadas.

— Sí, vos lo estais con esos niños tan crecidos... ¿Tambien la niña es vuestra?... ¡Ah! sí, me acuerdo; William me dijo... ¡pobre criatura!

Y desvió los ojos de Muriel con aire de tristeza.

— ¿Quereis venir á casa? repuso Ursula; mi marido ha ido á Enderly y no tardará en volver.

— Quisiera saber si le gustará verme; temo un poco á vuestro marido, Ursula; sin embargo, mucho me agradaría quedarme con vosotros.

Ursula se sonrió y reiteró su invitacion. Estaba tan contenta que deseaba que todos los demás participasen de su alegría.

Se dirigieron pues hácia la casa y las siguieron los niños.

Cuando llegaron debajo del nogal cerca del hoyo que separaba el jardín de los prados, Ursula se detuvo y mostró á lady Carolina la manita verdosa de las praderas que se extendía al pie de las colinas situadas al otro lado del valle.

— ¿No es una bonita vista? preguntó Guy tirando del vestido á lady Carolina.

Los niños se habian criado con demasiada ternura para que fuesen tímidos ó temerosos.

— Bonitísima, amiguito.

— Allí abajo está la cuesta de la Encina, adonde papá debe llevarnos de paseo esta tarde.

— ¿Os gusta pasearos con él.

— ¡Oh! Sí, ¡le queremos tanto!

Y una sonrisa se pintó en sus lindos semblantes. Aquella sonrisa decia lo suficiente.

Lady Carolina trató de sonreirse como ellos.

— Amiga mia, exclamó, veo cómo van las cosas. Sin duda no sentis haberos casado con John Halifax el curtidor.

— ¡Sentirlo!

— Vamos, no seais tan viva. Siempre he dicho yo que era un noble joven, y el conde lo dice hoy tambien. En cuanto á William, vuestro marido es un héroe para él.

— ¿Lord Ravenel?

— Sí, mi hermanito pequeño que se hace hombre, y devoto hasta el punto que nos quiere convertir al catolicismo, como en la época en que dos ó tres miembros

de nuestra familia pagaron con la cabeza su afecto al rey Jacobo... ¡Pobre William!... pero prefiero no hablar de él.

Ursula la preguntó por su primo Ricardo.

— Creo que está bueno. Su última buena accion en favor de M. Halifax le ha valido un acceso de gota; pero supongo que si llegan á encontrarse no reñirán.

— Mi marido no ha tenido jamás ningun resentimiento contra M. Brithwood.

— No le culparia yo por ello; pero hé aquí que llega el momento de las elecciones, y el conde desea que nombre en Kingswell á uno de nuestros amigos. M. Halifax tiene allí algunas casas ¿no es verdad?

— No, pertenecen á M. Fletcher y John las administra en su nombre.

— Basta, pues yo no entiendo nada en cosas de negocios; únicamente sé que desean que vuestro marido esté bien con el mio.

— En cuanto á eso no hay nada que temer; M. Halifax no quiere mal á nadie. Pero ¿es ese el motivo de vuestra visita, lady Carolina?

— ¡Dios mio! ¿Qué seria de nosotros si fuésemos tan francos como vos, Ursula? No, querida mia, he venido... apenas sé por qué; sin duda porque la cosa me gustaba, es el móvil ordinario de casi todas mis acciones. ¿Este es vuestro comedor? ¿No me convidais á comer, prima mia?

— Naturalmente, dijo Ursula.

Pero despues me pareció que este convite la causaba cierta inquietud, como si se preguntara si John le aprobaria.

Lady Carolina pasó pues el dia con nosotros, y supo hacerse agradable á todo el mundo.

Guy, pequeño gentleman desde la cuna, se hizo su escudero y la siguió por todas partes; Edwin la llevó á ver sus pájaros; Walter la ofreció una flor, y los tres solicitaron como una gracia el llevarla á ver una ternera de ocho meses. Ella les siguió riendo y les dijo que últimamente habia sido presentada en la Sicilia á un príncipe de una semana de edad.

— Y á decir verdad, hijos míos, no era tan bonito como la ternera. Ursula, mucho me cansa á veces el trato de las córtes; me dan ideas de hacerme pastora si pudiese encontrar una Arcadia.

— ¿Hay alguna mas agradable que el hogar doméstico?

— ¡El hogar doméstico!

Y su rostro tomó una expresion de espanto. Recordé haber oido decir que desde su vuelta al continente, el squirre habia contraído la misma costumbre que su padre, y que estaba ebrio de dia y de noche.

— ¿Está muy cambiado vuestro marido, Ursula? Aun debe ser un jóven... ¡Ah! ¡La juventud!...

— Dicen que John ha envejecido, pero yo no lo he notado.

— ¡Cada vez mas pastora!... ¡Y estamos en Inglaterra, en el paraiso de los maridos, donde el primer esposo del reino da tan ilustre ejemplo! ¿Qué pensais de mi amiga la princesa de Gales, vosotras las inglesas que no salís de casa?

— ¡Que Dios la haga tan buena como mujer, como es infeliz y está oprimida en su calidad de esposa, respondió Ursula con tristeza.

— ¿Pero es posible hacer una mujer buena y virtuosa de una esposa desgraciada y oprimida? Mrs. Halifax, si podeis hacerlo, debeis solicitar un privilegio de invencion.

Este asunto era muy delicado; Ursula cambió de conversacion prudentemente, preguntando á lady Carolina si tenia intencion de permanecer en Inglaterra.

— Segun y conforme; el aire es muy frio, añadió cambiando de tono de repente, entremos.

La comida estaba en la mesa. Era una comida muy sencilla, pues ninguno de nosotros era refinado en punto á manjares, y nunca haciamos ceremonias por ningun convidado; pero si no teniamos una rica vajilla, no nos faltaban ni buenos manteles ni servilletas, ni linda porcelana.

Los niños se hallaban reunidos aun en torno de lady Carolina en el gabinete que les servia de sala de estudio, y segun su costumbre, Muriel estaba sentada en el umbral de la puerta acariciando sus palomas que venian á posarse en sus hombros, cuando la oí que se decía á sí misma:

— Aquí está mi padre.

— ¿Dónde?

— En el camino de la granja... allí... ahora está en la calle de arena; se detiene; supongo que es para coger algunas ramas del jazmin que crece á lo largo de la pared... Vete, palomita, aquí está mi padre.

Y un instante despues se oyó el grito general:

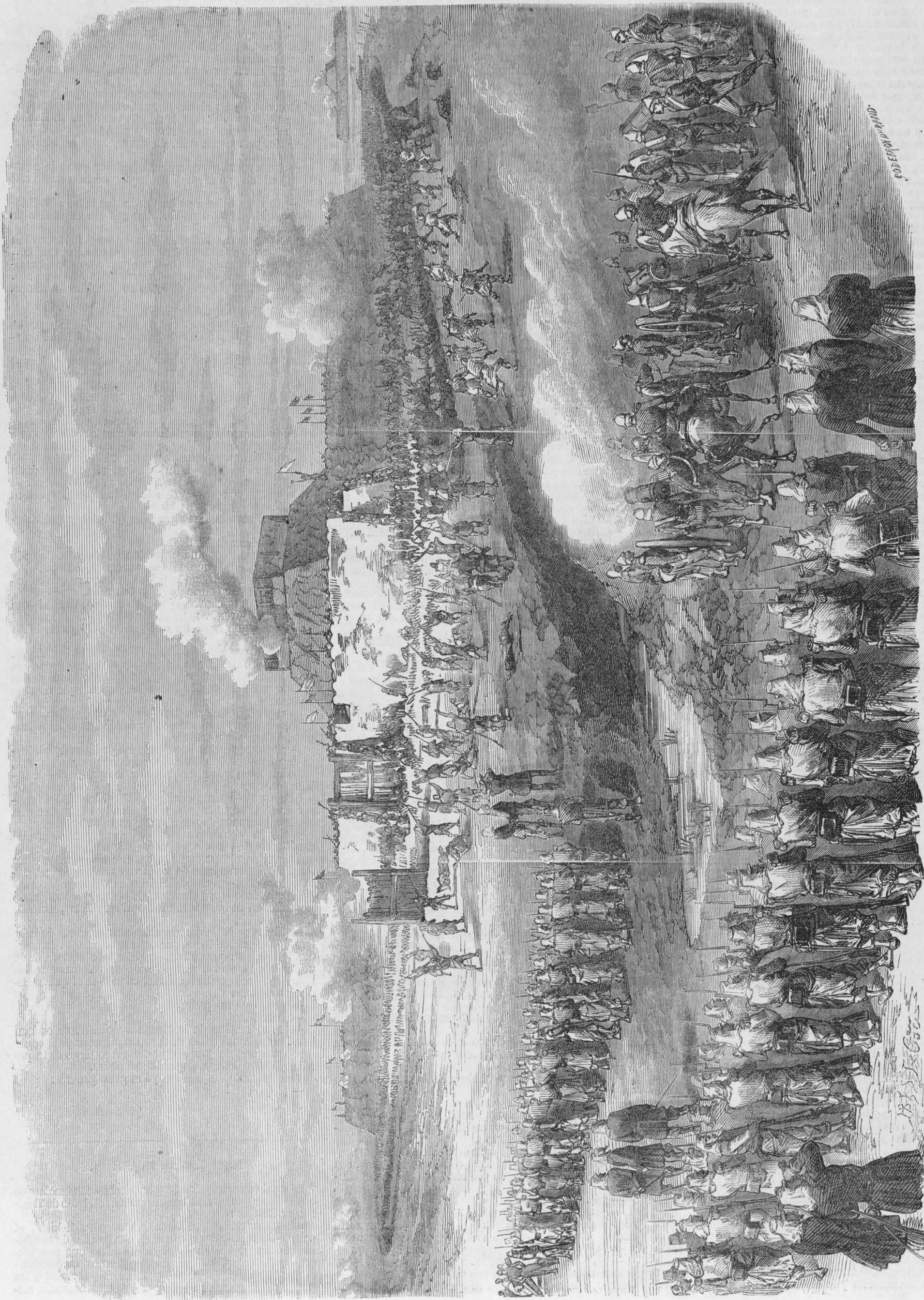
— ¡Aquí está!

(Se continuará.)

Noticias de la China.

Hé aquí la curiosa é interesante correspondencia que con fecha 40 de noviembre último han dirigido de Tientsin al Monitor:

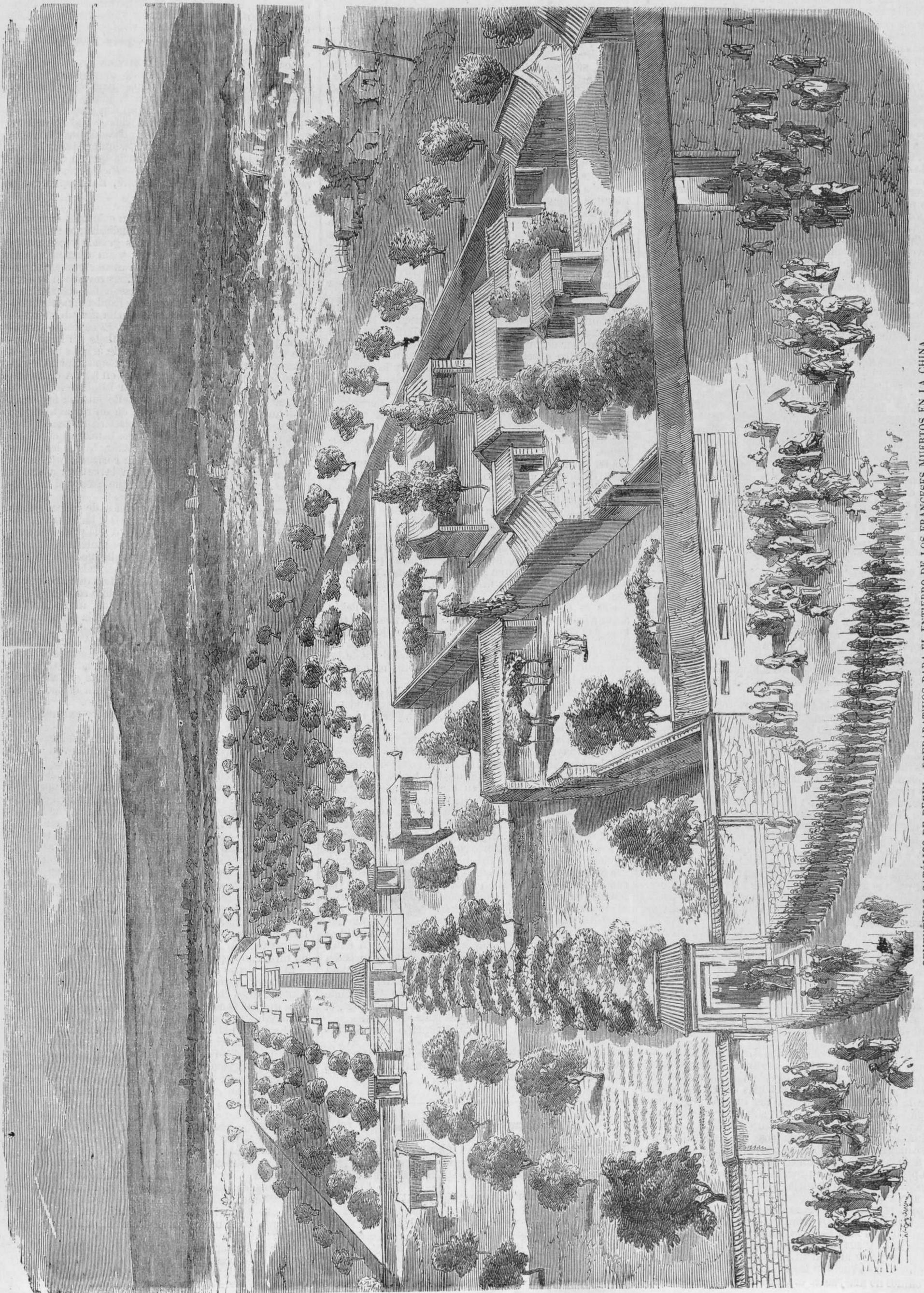
« Las maravillas que hemos visto en Pa-li-kiao, el palacio de verano del emperador, el Versailles de la China, son un sueño de las Mil y una noches; una cosa imposible de describir. Cuando penetramos en esos inmensos jardines, donde los palacios, las pagodas y los minarettes se suceden á cada paso, nuestras miradas sor-



TOMA DE LOS FUERTES DEL PEL-HO EL 21 DE AGOSTO DE 1860.

GODFREY & RAND.

1860



CEMENTERIO CATÓLICO DE PEKIN : PREPARATIVOS PARA EL ENTIERRO DE LOS FRANCESES MUERTOS EN LA CHINA.

prendidas no sabian donde fijarse. Un palacio se eleva en la orilla de un lago, una preciosa habitacion en medio de un bosque, otra en lo alto de una roca, y así por todas partes, tanto que despues de haber costado el lago, escalado las montañas de rocalla compuestas de piedra menuda para formar un punto de vista, nos detenemos cansados de esas cosas nuevas y entramos en un gran edificio de ladrillo.

» Pero aquí caemos en nuevas admiraciones ante las riquezas que vemos acumuladas. Adornos de marfil en las paredes, muebles de nácar de mil formas extrañas, donde el oro, el jaspe y el pórfiro se mezclan y se enlazan en medio de la dudosa claridad que despiden los espejos, donde uno espera ver asomar los silfos y las hadas de esos lugares encantados. Una de esas salas, vastísima entre todas, estaba toda adornada con figurillas de marfil, que formaban la parte animada de un hermoso paisaje. Aquí se veía una aldea china rodeada de campos y tierras de labranza.

» Un arroyuelo serpentea en la campiña y un pescador sentado sobre la orilla coge el pez que otro pescador va á vender á los traficantes. Cada cual se entrega á sus ocupaciones, vende, compra, labra, siega, vendimia y riega; los pájaros del cielo cantan en los árboles, los niños juegan en la tierra, y en el bosque, cerca de una fuente, una china escucha los tiernos requiebros de su novio, mientras un anciano, con sonrisa burlona, lo observa á través de la enramada.

» En la pieza contigua nos vemos en Europa en medio del siglo XVIII, en la agitacion del gran paseo de moda de una gran ciudad. Aquí un busto de Luis XVI, allí un retrato de Rousseau con traje armenio. ¿Qué decir de esos preciosos relojes encerrados en un dado, oro, perla y esmalte; de las casas de Pekin, de las maderas esculpidas, de las colgaduras de seda bordada? La sala de los postres es un palacio donde hemos bebido el vino de azofaifa, que se parece al Oporto, y comido una fruta redonda cuya corteza es como la de la piña. Al romperse apretada por el dedito, la corteza, muy frágil, deja colgando una especie de ciruela; al menos esta sustancia tiene el aspecto y el gusto de la ciruela en compota.

» Si el salon de los postres es un palacio, la biblioteca es una ciudad. Allí he visto un planisferio y un mapamundi con todas las líneas de navegacion que me ha parecido de los mas exactos, una hermosa caja de compases, etc., etc., y despues de todo esto ¿cómo hablar del salon del trono, que sobrepuja á todas esas maravillas?

» De estos esplendores hoy no quedan mas que ruinas. El 10 por la mañana saliamos para Pekin, y aquella misma tarde, despues de haber tomado la direccion del camino del horno de ladrillos, donde habiamos dejado, bajo el mando del gran preboste y la guarda de una compañía del 102º nuestros víveres, bagajes, municiones, servicio administrativo y provisiones de toda clase, establecimos nuestro bivac detrás de la ciudad. Este horno, que por su construccion los soldados le pusieron el nombre de *Palacio de Tullerías*, habia guardado todo esto fielmente.

» Al punto se abrió la trinchera y se colocó la última batería cubierta á 250 metros de las murallas. Era imposible mayor confianza por parte de nuestros artilleros. Durante ese tiempo nuestros plenipotenciarios habian enviado un ultimatum al hermano del emperador, entonces dueño de Pekin por la fuga del emperador, del gran consejo y del ejército manchurí, hasta el 21 de octubre para concluir la paz ó al menos para presentar una prenda de su intencion de tratar formalmente.

» En efecto, el príncipe Kong, hombre lleno de nobleza y distincion, muy hermoso, de fisonomía seria é inteligente, es el jefe de este partido; pues en la China, sobre el pueblo propiamente dicho, que profesa la mas completa indiferencia por los asuntos públicos, se cuentan tres partidos principales, que son:

» El partido tártaro, sostenido por los conquistadores, por la masa enorme de los letrados, por lo que se puede llamar la aristocracia financiera. Este partido se divide á su vez en dos partidos principales:

» El partido absolutista, representado por el gran consejo del imperio y el general en jefe Sin-Ko-Lin-Sin, que profesa la indiferencia mas completa por la suerte de los pueblos y quiere la independencia completa de las provincias y que se cierre el imperio á todo extranjero. Este es, al fin y al cabo, el partido de la guerra, y á él debe atribuirse la emboscada del 18, provocada por los motines militares que tuvieron lugar en Pekin. Sin-Ko-Lin-Sin arrancó la orden de atacar valiéndose del miedo.

» El partido tártaro constitucional, al contrario, representado por el príncipe Kong, hermano del emperador, trata de dar por base á la dinastía tártara un sistema chino y quiere aplicar las doctrinas de los moralistas sobre la paternidad al gobierno del imperio; equilibrio completo entre las cargas de los súbditos y las del monarca; justa reparticion de los empleos entre los tártaros imbuidos de buenos principios; reparacion de caminos, canales, etc.; proteccion para todos, y en fin, la paz á toda costa, como único medio de llegar á un estado próspero. Tal es el programa de este partido, que se encierra todo en algunas palabras memorables del príncipe Kong, grabadas sobre el jade en el dragon de oro por sus partidarios como una especie de símbolo.

Además de estas dos grandes excisiones del partido tártaro, ó mas bien de estos dos partidos, tan distintos son sus fines y sus medios y tan violentos los odios que los separan, hay aun en la China los rebeldes, hostiles á entrambos. — Vuelta á las tradiciones chinas por medios chinos no mas, tal es la idea fundamental de la in-

surreccion, que para llegar á su objeto piensa que todos los medios son buenos, y no ha vacilado en admitir gentes de toda clase y procedencia: malhechores, mendigos y desertores del ejército mongol, de costumbres licenciosas y bárbaras. Así en la provincia de Nankin donde están establecidos, el temor les precede, como por todas partes. Sin embargo, la muerte del rey del Sur, uno de sus principales ministros, les ha dado un golpe terrible, y sin la diversion que han operado los bárbaros de Occidente, no habrian podido hacer los progresos que han señalado su marcha en los últimos tiempos.

» Este rápido restímen era necesario para hacer comprender el efecto que nuestros embajadores esperaban de un ultimatum dirigido al príncipe Kong, el jefe del partido de la paz, que quedó al frente de los negocios por la derrota de Sin-Ko-Lin-Sin. No obstante, como se acercaba el término fijado sin que se hubiese recibido ninguna respuesta, ya se disponian á tomar la ofensiva á las doce, hora indicada para el bombardeo, cuando el 21, algunos minutos antes del medio dia, el príncipe Kong nos entregó la puerta norte de Pekin. Aquella mañana, con un tiempo hermosísimo, habiamos oído la misa bajo los muros de Pekin, y la cruz levantada por primera vez al cabo de tantos años, al recordarnos la Francia y la noble mision que el emperador nos habia confiado, parecia un presagio de triunfo.

» La religion que despierta en nosotros los recuerdos de la infancia, es siempre bien recibida entre los hombres expuestos diariamente al peligro. Tenia que ver el buen humor de nuestros soldados cuando el abate Tregaso, nuestro capellan mayor, levantaba á 100 metros de los fuertes del Pei-ho, bajo las balas y la metralla que silbaban por todas partes, á un ayudante herido, y cuán agradecidos se mostraban por los cuidados que todos nuestros capellanes prodigaban á los heridos, á los enfermos y á los agonizantes. Seguramente nos conocia bien el emperador cuando tuvo la idea de devolver á la flota y á los soldados de campaña sus capellanes.

» En cuanto se ocupó la puerta del Norte, el comandante Campeon del estado mayor, el capellan mayor y unos diez jinetes armados salieron en busca de la iglesia católica que los recuerdos de la mision francesa y las relaciones de los cristianos nos habian dado á conocer. Despues de haber marchado cerca de tres horas por un suelo negro cubierto de polvo, en medio de un populacho inmenso que el látigo de los *taotchou* ó guardias de policia podia apenas contener, descubrieron por fin las ruinas de esa iglesia, que nuestros zapadores, ayudados por los soldados y por muchos cristianos, levantaron como por encanto.

» El 25 el embajador de Francia marchaba á Pekin acompañado por el general en jefe para la firma del tratado y el canje de las ratificaciones. El cortejo formado por el ejército era magnífico, y no se podria creer el orgullo que teniamos todos al ver las tres banderas de los regimientos desplegando sus nobles colores en esa ciudad cerrada hasta entonces á la Europa.

» El 17 enterrábamos con gran pompa á las desgraciadas víctimas del atentado de Tang-Tcheu, el intendente Dubut, el coronel Grandchamps, M. Ader, jefe del servicio de hospitales, y los soldados.

» El capellan mayor, ayudado por M. Serré y M. Mahé, capellan mayor del ejército inglés, dirigia la triste ceremonia, á la cual se habian unido los lazaristas. Monseñor Mouly, obispo de Pekin, que desde hace veinte y seis años reside en la China, y su coadjutor monseñor Armouy, que administra desde hace catorce años, á treinta leguas de Pekin, una vicaria de la mision, con cuatro sacerdotes chinos y veinte y cuatro catecúmenos en traje de cura, acompañaban á los carruajes que llevaban cada uno un féretro cubierto con un paño mortuario de terciopelo preparado en Pekin por el gobierno tártaro.

» El 28 la iglesia católica completamente restaurada, con la cruz restablecida en el campanario, oia bajo sus bóvedas en la solemne inauguracion la salva del ejército al emperador y á la Francia, el *Domine, salvum fac imperatorem*. La obra estaba consumada; aquellos que habian muerto al ejecutarla habian recibido los últimos honores; la cruz levantada habia demostrado á todos esos pueblos el poderío de la Francia. El ejército podia retirarse, y el 1º de noviembre los bagajes y la primera columna tomaban la direccion de Tien-tsin; los otros cuerpos seguian el 2 y llegaban el 7 á Tien-tsin, donde el general Collineau pasará el invierno con el 102º, el batallon Blot del 101º y una batería de artillería.

» Las tropas van á salir próximamente para Shanghai y Canton.

» Se han distribuido ropas y calzado de invierno, porque parece ser que los frios de la China no son menos fuertes que los de Crimea. — H. »

Costumbres orientales.

LAS ALDEAS DRUSAS. — EL PAN DE LA CENA. — LA CONFERENCIA. — LOS TELÉGRAFOS DEL LÍBANO. — LOS TEMPLOS MAHOMETANOS. — LA MASONERÍA EN SIRIA.

Despues de caminar durante algunos dias de un pueblo á otro maronita, encontrando ya amigos resueltos, ya desconfiados, llegamos á la extremidad setentrional de la llanura *Cele-Siria* de los antiguos, encajonada como un lago entre las montañas del Líbano y Anti-Líbano.

Atraviesan la aldea de Ain-keri cinco arroyos, y un río que desciende del monte la rodea dos veces con sus

frescas aguas. Al pié se extiende una pradera, tapiz de esmeraldas, sembrada por todas partes de álamos blancos y negros, fresnos, plátanos y viejas encinas. Al lado opuesto del pueblo se recrea la vista por horizontes móviles de doradas espigas, cortados aquí y allí por bosquecillos de abetos.

Los labradores desataban las gavillas en la era, para trillarlas con grandes bucéfalos de melenas negras: los niños se metian debajo de sus piés para coger las espigas: las mujeres amontonaban el grano en parvas y para aventarlo lo arrojaban al aire con anchas palas: el viento llevaba la paja y dejaba caer el pesado grano. Los pastores encerraban en cercados de mimbres sus rebaños de ovejas, cabras y vacas que volvan de los pastos. La imagen de la abundancia que en el seno de una naturaleza á la vez pródiga y sencilla, representaba este cuadro de felicidad campestre, nos inspiraba sin querer un idilio.

Entramos en el pueblo.

Las casas sin aineacion estaban colocadas formando pintorescos grupos. La del jefe donde ibamos sobresalía un poco entre las demás. Era mas grande y construida con piedra mas fuerte; cuadrada y sin ningun adorno que pudiese traer á la memoria la menor pretension arquitectónica: sus puertas y ventanas revelaban la obra de una mano grosera, pero nada se habia economizado para la solidez de la construccion. Estaba cimentada sobre una esplanada artificial que podia muy bien resistir el primer ataque de un ejército. El cobertizo terminaba por una azótea de troncos de abeto sin labrar, sobre los que habian echado ramas de árboles y yerbas secas cubiertas por capas de tierra apisonada. Constituian la verja dos filas de granados en flor. A cierta distancia, parecia esta casa un gran ramillete. El genio militar la hubiese convertido pronto en una fortaleza.

— No esperéis, me dijo el guía, encontrar aquí el lujo y esplendor de que nos hemos visto rodeados en casa del emir; son otras las costumbres. Beuder es el jefe de una tribu drusa, mucho menos civilizada que los maronitas del Oeste; pero bajo su ruda corteza descubriréis un corazón ardiente. Beuder, sin la categoría de los emires, no tiene menos autoridad que ellos y sí mas influencia. Vais á verle y le juzgareis.

Atravesamos dos verdaderas calles de aldea, cuyas casas estaban separadas por cercados y jardines y llegamos delante de la puerta. A cinco ó seis pasos del umbral, sobre un piso de arcilla, vimos sentadas sobre sus talones dos jóvenes, haciendo girar la rueda de un molino. De cuando en cuando paraban, y cada una á su vez echaba el grano bajo la muela, mientras que la otra con mano diligente se levantaba el cabello ó se enjugaba el sudor del rostro. No muy lejos de ellas, medio tendido sobre una estera, fumando gravemente la pipa, miraba Beuder impasible como nos aproximábamos. Así que hubimos echado pié á tierra, se adelantó tendiéndonos la mano con un afecto cordial. Las dos hermanas abandonaron el molino, mientras que su madre, venerable matrona, un poco gruesa, salia de la casa y se adelantaba lentamente, balanceando á cada paso el cuerno de plata que constituia su gigantesco tocado.

— Pasad mis umbrales, dijo Beuder, y sed muy bien venidos.

Entramos en la casa dividida en cinco ó seis estancias separadas por paredes de piedra lisa, sin revestimiento de ninguna especie. En medio del pavimento de la pieza mas espaciosa en que desde luego penetramos, habia un profundo y ancho agujero, cuyo objeto no comprendí á primera vista; pero al instante encendieron en él fuego de madera resinosa, cuya alegre llama nos alumbraba.

Las hijas del huésped empezaron á amasar en artesas harina de cebada y centeno. Daba gozo ver sus robustos brazos desnudos hasta el codo, sumergirse entre la harina menos blanca que ellos, y despues darla con aquellos finísimos dedos la forma de bollos que arrojaban, sin darles tiempo de hacerse levadura, al horno donde se cocian estos panes ácidos con suma rapidez.

Concluida la frugal y parca cena, las mujeres y niños fuéronse retirando. Los domésticos llevaron las pipas llenas de tabaco de Latakra seco y dorado, colocaron una lámpara en un ángulo del divan donde habia practicado un nicho exprofeso.

El jefe druso con quien empecé á tratar al punto de los graves negocios que me estaban encomendados, contaba unos cincuenta años de edad; no tenia la cultura que en general tienen los maronitas: la educacion ni le habia perfeccionado ni pervertido. Era como le habia hecho la naturaleza; violento y sincero, generoso y arrebatado, reconocido hasta el fanatismo, vengativo hasta la crueldad: alma de fuego en un cuerpo de hierro, no le asustaba ninguna empresa y no se dejaba abatir por ningun revés. Una sola virtud eclipsaba en él todas las demás, llevaba el amor á su país hasta la idolatría. Los años no habian extinguido en sus ojos el fuego chispeante de la juventud, y con solo ver como atormentaba con su mano el mango del puñal ó la culata de una pistola, podia adivinarse la impaciencia salvaje de su valor.

En lo mas recio de la conversacion, Beuder, cuyo oído tenia la delicadeza del jabalí, se levantó de repente.

— Escuchad, exclamó, oigo ruido fuera... parece el galope de un caballo distante.

Oyóse desde luego sorda cadencia en el suelo, que muy pronto se marcó por el acentuado ritmo de un galope de caballo.

Cesó el rumor: el jinete se habia detenido delante de la puerta é hizo resonar dos golpes violentos.

— Abre, Alí, dijo el huésped á su hijo.

Como el joven le mirase sin moverse.

— ¡Qué! gritó, ¿tienes miedo?
 Alí abrió. Un hombre entró, ó mas bien se precipitó en el salón.

— ¿Qué nueva traes? preguntó Beuder, que le habia reconocido por uno de los suyos.

— Sucede..... respondió el druso..... sucede que han abandonado la costa, mañana pasarán la montaña y entrarán en la llanura.

— ¿Es eso todo?
 — Todo lo que sé. Las señales no dicen mas.
 — Está bien; vé á comer y á dormir.
 — ¿De qué señales habla? preguntó yo.
 — Tenemos tambien nuestros telégrafos, solamente que al contrario que los vuestros, no funcionan mas que por la noche, pero corren de prisa. Venid á verlos.

Subimos á la azotea. Un espectáculo magnífico se presentó á mis ojos. Tan lejos como la vista podia alcanzar, descubrimos grandes hogueras encendidas en las altas cimas de las montañas. Estos mensajeros resplandecientes llevan á través de las sombras la noticia esperada que de este modo vuela de una tribu á otra, saltando las distancias y los abismos con alas de fuego. Sobre la marcha me explicó, como estos fuegos, cuya disposicion, número é importancia variaban, llegan á ser entre las diferentes tribus un lenguaje brillante, que en pocas horas puede hacerles saber si alguna revuelta ha turbado la paz del Líbano. Sin duda, estos medios primitivos é imperfectos que distan mucho de la magia eléctrica de las comunicaciones europeas, no dejan por eso de producir resultados seguros y tienen las llamas un no sé qué de grandioso y soberbio, especialmente cuando brillan en la escarpada frente de los precipicios, que parecen otras tantas pupilas ardientes bajo la fruncida ceja de las montañas.

— Esto puede llegar á ser grave, dijo Beuder, porque esas señales jamás han mentido. ¿Qué piensas tú de ello?
 — Creo que es necesario estar dispuestos.
 — Otro mensajero, prorumpió Beuder, indicándome á lo lejos en un tortuoso sendero, un punto blanco casi imperceptible que su vista de águila habia descubierto. Este punto blanco aparecia y volvía á ocultarse á medida que le iluminaban ó no los rayos de las hogueras. Muy luego pudimos reconocer el turbante de un druso, jinete sobre un negro caballo que saltaba por entre las rocas, produciendo secos sonidos con sus duros cascos y haciendo ondear en su carrera el albornoz blanco del caballero. Parecia el genio de la noche que volaba á Oriente á abrir las puertas á la aurora. Un bosquecillo de morales nos le ocultó por un momento; pero no tardó mucho en salir de él para entrar á galope en el pueblo. Entonces reconocí al hijo de Achmet, mi antiguo huésped.

— ¿Quién eres? le preguntó Beuder.
 — Amin-ben-Achmet. Mi padre es un cherik como tú y vive en la montaña del Oeste, no lejos de Antonsa sobre la pendiente que mira al mar.
 — Hijo de Achmet, bien venido, puesto que tu padre te envía á nosotros.
 — El no me envía; soy yo quien vengo por mi voluntad.
 — Eso es diferente... ¿No sabes que se ha convenido en que cada cual guardase su montaña?
 — Si se tratase tan solo de combatir, me hubiera quedado cerca de mi padre, porque sé hacer hablar á las balas. Mi padre no es mas que un simple druso á pesar de su título. No he sido educado por él, sino por el hábil y virtuoso Akal, mason del Líbano. Sé que hay una iniciación solemne de la secta cerca de aquí: me presentaré al Señor y tú á mi lado... Para eso he venido.

Al acabar estas palabras, Amin separó su albornoz y sacó del pecho un pliego atado con tres hilos, verde, rojo y otro blanco, todos unidos al papel por una bolita de cera virgen. El jóven se inclinó ante Beuder y arrojó el mensaje en el suelo, segun la costumbre drusa, como si la tierra misma debiera encargarse de llevarlo á su destino.

— Esto es de Amron, continuó el mancebo, el solitario de la Ribera del Perro, él responde de mí ante tí, como tú mismo vas á responder ante los *Compañeros* del primer grado en el orden de los Akals (masones) y de los iniciados en la segunda gerarquía.

Beuder se encorvó despacio, tomó la carta, la llevó á su boca, cortó sucesivamente los tres hilos y leyó con profunda atencion.

— Está bien, dijo, volviéndola á doblar; no tengo mas que oponer, sino que me pareces muy jóven.

— ¡Jóven para todo! prorumpió Amin. Demasiado jóven para vivir y demasiado jóven tambien para morir.

— No te quejes, niño, este es el defecto que se corrige con mayor facilidad. No tienes mas que dejar correr los años.

El palacio de los masones de Ain-keri se eleva á un cuarto de legua de la casa de Beuder, en un cercado de rocas coronadas por grandes bosques, en medio de un sitio salvaje, verdaderamente hecho para preparar el espíritu á los temores de estos ritos sombríos y semi-barbaros, que se han conservado hasta nuestros dias en el corrompido paganismo de los drusos.

Era un viernes, y el viernes es el domingo, es decir, el día del Señor de los drusos como de los musulmanes.

Amin salió desde por la mañana con Beuder y el primogénito de sus hijos.

Les seguí á cierta distancia; no queria pedirles permiso para acompañarlos, deseando no ser notado. Mi traje era parecido al suyo; conocia sus costumbres y estaba familiarizado con sus usos; habia entrado diez veces en sus templos, y á no ser por una imprudencia

voluntaria, no podrian reconocer en mí un extranjero.

A medida que me aproximaba al palacio, templo ó congreso, encontraba mayor número de hombres que volvían de él. Me deslicé entre un grupo y sin que nadie hiciese aprecio de mí entré. La primer mirada fué para buscar á Amin y á sus dos compañeros, pero no pude por entonces distinguirlos.

El templo donde me hallaba era el mas grande de cuantos habia visto entre los drusos. La arquitectura sencilla como toda la del moderno Oriente, no tenia en el interior otros ornamentos que figuras pintadas por las paredes, representando hombres, mujeres, niños y pájaros, bajo los cuales el artista podia muy bien haber escrito: *este es un gallo*, para que fuera conocido por el espectador. Entre las ventanas pequeñas y angostas abiertas cerca del techo, habia un pabellon guerrero compuesto con las banderas de las diversas tribus y sus emblemas.

El arroyo que penetraba corriendo por el sagrado recinto con risueño murmullo, era el único ruido que se oia, porque aun cuando estaba lleno de hombres, reinaba entre ellos profundo silencio y respetuoso recogimiento.

Un anciano cuyo ancho vestido, aire venerable y postura digna indicaban que era sacerdote, sentado cerca del altar, tenia á su derecha á un hombre de larga barba ligeramente rizada, inundada de perfumes, que como la de Aarón le bajaba hasta el pecho. Este padre reverendo vestia traje negro de ancha manga, cubierto desde las rodillas hasta los pies de estrellitas bordadas de plata. Era el cheik, uno de los personajes mas importantes entre las tribus drusas. No hay ceremonia á que no sea invitado, expedición que se emprenda sin su consentimiento, matrimonio que se concluya antes que él haya pronunciado el horóscopo de los jóvenes esposos; porque del mismo modo que nosotros leemos el pasado en los libros, él lee el porvenir en el alfabeto de plata de las estrellas.

A una señal que hizo con la mano cargada de anillos mágicos parecidos á los que encontraron los encantadores árabes en los pozos del templo de Salomon, se abren las puertas del congreso y se presentan dos sacerdotes de orden inferior, que llevaban en sus brazos una oveja negra de un año. El pobre animal, atadas las cuatro patas, fué puesto sobre la piedra del altar. Extendieron sobre su frente un polvo de ceniza, sal ó tierra, y despues le cubrieron la cabeza.

En aquel momento á intervalos iguales, sonaron en la puerta principal tres golpes cuya intensidad iba creciendo gradualmente.

— ¿Quién? preguntó el sacerdote al tercer golpe.
 — Un fiel, contestó desde afuera otra voz.
 — Que entre.

Las puertas se abrieron de par en par, y Amin penetró en el templo escoltado por Beuder y Alí; llevaba el vestido blanco de los neófitos, iba descubierto y descalzo.

Al verle tan jóven, todos se admiraron y hubo en la asamblea un movimiento de simpatía universal.

Los comitentes se detuvieron; él solo adelantó algunos pasos, saludó al sacerdote, se inclinó profundamente hácia los cuatro vientos, y dirigiendo al cielo una mirada dulce y tranquila, cruzó las manos y esperó.

El sacerdote se levantó dominando la reunion con su alta estatura, extendió hácia él un brazo ennegrecido por el sol; sus ojos brillaban como dos ascuas bajo la tostada frente; su fisonomía al par austera y apasionada era la imágen con que se representa al asceta del místico Oriente, cuya exaltacion se refleja en el semblante. Presentaba un admirable contraste con el hermoso y tiempo jóven que deseaba entrar en la secta.

Los drusos permanecieron reclinados sobre las esteras. Luego empezó el interrogatorio en medio del mas profundo silencio.

— ¿Quién eres? preguntó el sacerdote.
 — Un fiel servidor de Dios, repuso el candidato.
 — ¿De qué Dios?
 — No hay mas que uno.
 — ¿Y le llamas?
 — Hacken, el grande, el único.
 — ¿Qué quieres?
 — Entrar en la muy alta y muy santa orden de los Akals.

— La pluma está rota, el tintero seco, el libro cerrado, respondió el preste con voz severa.
 — No tengo necesidad de tinta ni de pluma, porque mi nombre está ya escrito.
 — ¿En dónde?
 — En la última página del libro.
 — ¿Quién lo asegura?
 — Estos.

Y se volvió á Beuder y á Alí.

— ¿Su nombre está ya escrito? les interrogó el sacerdote.
 — Está escrito, respondieron.
 — ¿Cuánto tiempo hace que pide esta gracia?
 — Doce lunas.
 — ¿Ha sido fiel?
 — A todo.
 — Está bien; y volviéndose al jóven, añadió: ¿para qué deseas ser Akal?
 — Para servir á Hacken.
 — Se le puede servir en todos los estados.
 — El título de Djahil (ignorante) me pesa.
 — Basta para ser feliz tener puro el corazón.
 — Quiero todavía mas.
 — No es suficiente querer, es necesario saber.
 Amin se inclinó sin decir palabra.

— ¿En dónde crece la planta Alifj?
 — En el corazón de los santos para quienes Hacken es el verdadero Dios.

A esta respuesta sucedió un murmullo de aprobacion en toda la asamblea.

— ¿Tienes el ídolo?
 — Mirad.

El neófito abrió su túnica y pudo distinguirse la imágen de un becerrito esculpido sobre una piedra negra que llevaba en el pecho. El cheik se aproximó, le examinó atentamente, y volviéndose al sacerdote, dijo:
 — Es el ídolo de los raffiek.
 — Tus intenciones, dijo al jóven, son rectas y te has sometido á las formas. Esto es algo, pero no es todo. Tienes la fe; pero ¿posees la ciencia?
 — El hombre no tiene la ciencia. Hacken solo la posee.
 — ¿Has trabajado por adquirirla?
 — Toda mi vida.
 — Recítame el símbolo de los drusos.

Amin se recogió un instante, y en algunas palabras pronunciadas con voz firme, reasumió toda la antigua doctrina de los drusos, mezcla extravagante de virtudes y errores, desconocida en Europa.

— Hé ahí, dijo el sacerdote despues que el aspirante recitó el símbolo, lo que debe saberse cuando se quiere entrar en la orden de los Akals.

— ¿Cuál es el nombre celeste de Hacken?
 — Albar.
 — ¿Cuántas leyes principales ha establecido?
 — Siete.
 — ¿Qué idea te has formado de Dios?
 — Dios es un ser sin forma y sin color, una pura inteligencia que no se encarna sino para conducir á los hombres por la via del bien, cuando le buscan ó cuando se extravían.

— ¿Hay un paraíso y un infierno?
 — No, esta creencia es el error de los discípulos de Ica. El castigo y la recompensa los encuentra el hombre en las transformaciones sucesivas y eternas de su ser.

Cuatro *Days* ó maestros de doctrina próximos á la piedra negra que servia de altar, se levantaron y volviéndose al sacerdote:
 — Conoce el dogma, dijeron.
 — Está bien, contestó. Veamos ahora si se halla dispuesto á cumplir la ley. Debes renunciar á las vanidades de la vida, al lujo, á la molición, á llevar oro y seda en tu vestido, á todo alimento cuyo origen no conozcas, al vino y al dinero que venga de manos impuras.
 — Así lo haré.
 — ¿Eres casado?
 — No.
 — Entonces harás mejor en no casarte.
 — El matrimonio no está prohibido.
 — Sin duda; pero es una condicion inferior... Cheik, prosiguió acercándose al que llevaba el manto negro sembrado de estrellas, es el que sentenciará.

Cheik se volvió hácia los ministros. Se arrodilló y puso un cubilete delante de él sobre el altar; meditó un momento, y tiró un dado de marfil que hacia saltar por tres veces. La ficha se paró sobre un signo. El cheik miraba con particular atencion.

Tres veces se hizo la prueba, las tres fué favorable, y declaró que los ministros Harken, Gebrail, Mikail, Isráfil, Azarel y Metraton que envuelven la inteligencia, el alma, la palabra, el porvenir y la conformidad, no se oponen á la admision del neófito.

— ¡De rodillas! gritó el preste.

Amin se arrodilló junto al altar, el sacerdote levantó el cuchillo y lo hundió en el cuello de la oveja negra, empapó sus manos en la sangre caliente, y trazó una marca cabalística sobre la frente de Amin.

— Desde ahora eres *raffik*. Los *Days* te proclaman compañero de Akal... Llevarás eternamente el blanco turbante de los drusos que te servirá de emblema de sinceridad, pureza y abnegacion á favor de tus hermanos. Sé sabio, comedido y fuerte. Hacken hará lo demás.

El nuevo elegido besó la túnica de sus maestros los *Days*, y dió el abrazo fraternal á sus compañeros los Akals.

Así terminó la ceremonia: las puertas del templo se abrieron y todos los fieles se dispersaron.

BRUNO DEL BARCO.

Embellecimientos de Paris.

EL SQUARE DEL CONSERVATORIO DE ARTES Y OFICIOS.

Paris se llena por todas partes de jardines, y la idea es laudable en verdad; los jardines son el mas bello adorno de una gran poblacion, y ellos varían agradablemente el aspecto de las calles largas y rectas. Si alguno hubiese dicho hace pocos años que los habitantes de la populosa calle San Martin tendrian un lugar espacioso donde respirar el perfume de las flores al lado de una fuente, habria hallado muy poco crédito; árboles, flores, fuentes y pájaros en ese santuario del comercio, francamente, era casi increíble. Y sin embargo, será una verdad dentro de tres ó cuatro meses. El jardín del Conservatorio de artes y oficios existe ya; lo que podia hacer la mano del hombre está hecho; á la naturaleza le toca completar la maravilla.

La mayor parte de los squares que se hacen actualmente en Paris están dibujadas á la inglesa, es decir, afectan ese *negligé* tan lleno de cálculos, que agrada particularmente á los ingleses. Sin embargo, en esta oca-

sion M. Davioud ha vuelto á la tradicion francesa. A decir verdad, en materia de jardines todas las escuelas son excelentes. El nuevo square se ha plantado pues en *quinconces*, y pertenece á lo que se podría llamar el género noble. Pero esto no significa que tiene el aspecto severo, al contrario, nada mas risueño y alegre.

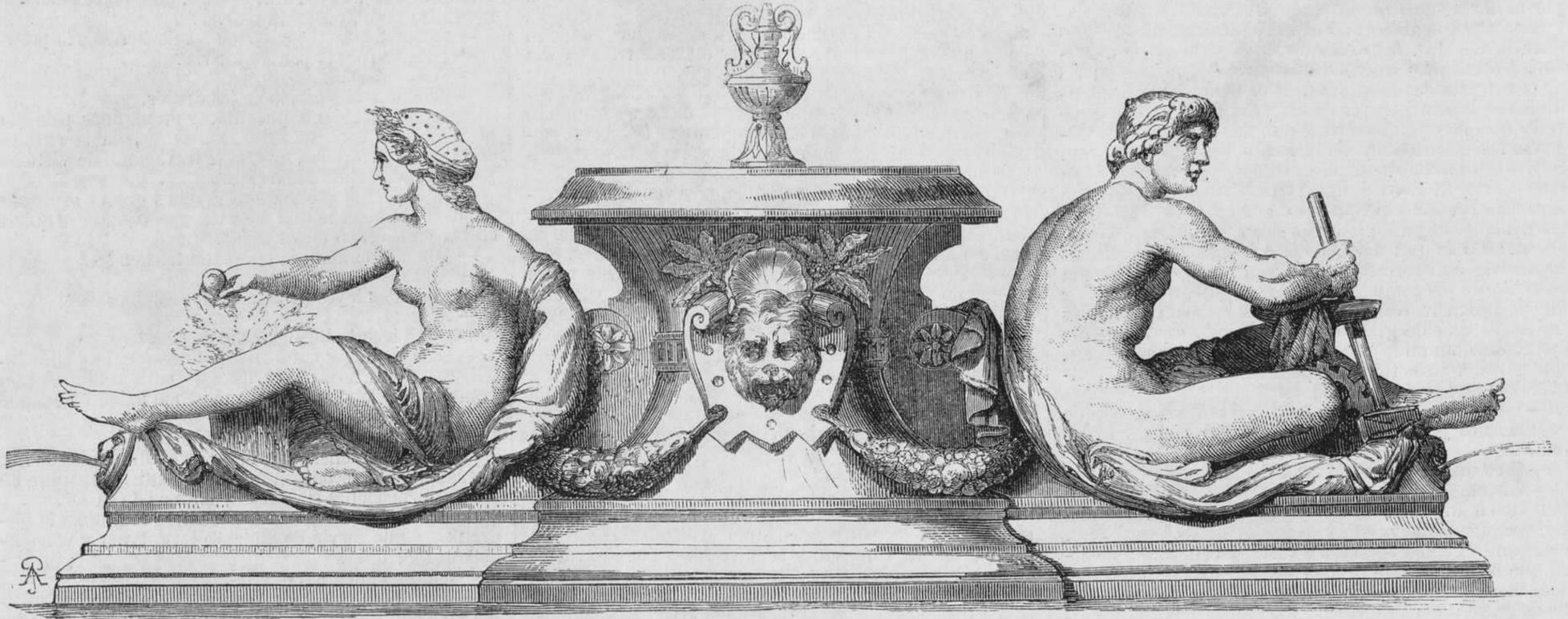
Una balaustrada de piedra del Jura con veinte candelabros y veinte y ocho jarrones de bronce rodea el square cerrado por cuatro verjas de hierro forjado de un

hermoso trabajo. Dos grandes fuentes al estilo de las de Versalles, tienen por adorno las figuras de la Agricultura, de la Industria, del Comercio y de las Artes. La idea de simbolizar estas cuatro fuerzas de las sociedades no es nueva, pero ahí está bien, y es todo lo que hace falta. MM. Ottin y Gumery han esculpido las figuras; MM. Eck, Durand y Thiebaut las han fundido; los adornos de bronce sobre la arquitectura son de M. Lienard; en suma, todo es bellísimo.

Solo le falta al square del Conservatorio de Artes y Oficios sombra, pájaros y flores;— para esto tendrá que esperar á la primavera.
J. F.

La caza con buho.

El primer deber de un buen cazador es hacer una guerra encarnizada á todo lo que destruye á la caza.



UNA DE LAS FUENTES DEL SQUARE DEL CONSERVATORIO DE ARTES Y OFICIOS DE PARIS.

Todas las aves de rapiña deben ser inscritas en el libro negro, y nada se debe descuidar á fin de acabar con los animales que quitándole la diversion, arrebatan tambien á la alimentacion pública un número fabuloso de piezas delicadas.

No hablaré aquí de la destruccion de los cuadrúpedos carnívoros, y trataré solo de la de las aves de rapiña. La costumbre que tienen estas de posarse en las extremidades y en las eminencias, hace que se emplee mu-

cho el lazo para cazarlas; pero este medio no le produce al cazador ninguna diversion; es á decir verdad, un medio de destruccion, no una caza.

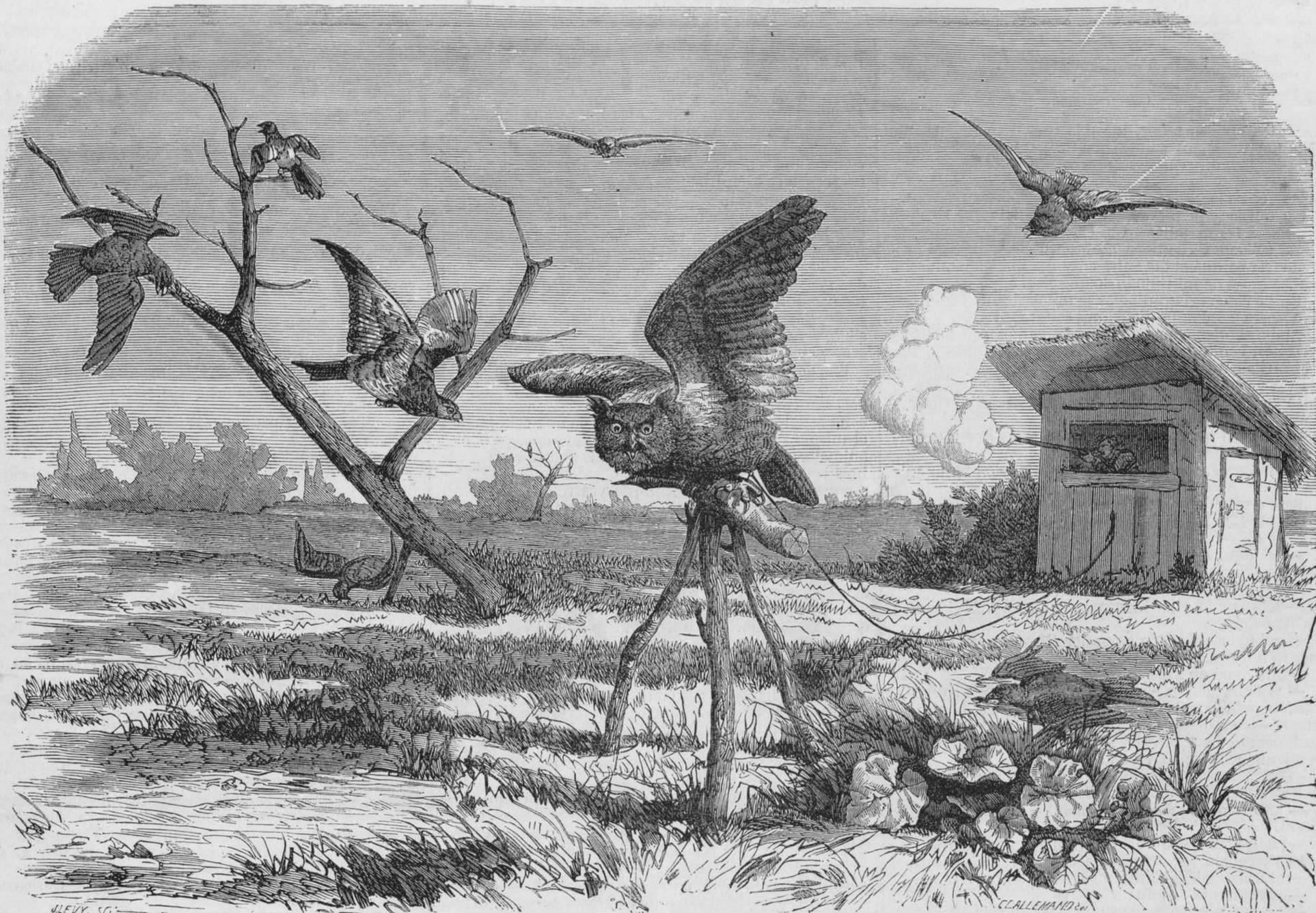
La que se hace con el buho es por el contrario una hermosa caza de tiro, que á las emociones naturales reúne el encanto de una variedad infinita de víctimas, pues se matan en ellas colecciones completas de aves de rapiña y de las mas raras, como el halcon peregrino y otras que solo se consiguen por este medio, y que son

los enemigos mas temibles de los faisanes, perdices y codornices.

El buho es la mayor de las aves de rapiña nocturnas que hay en Alemania; á veces llega á tener de punta á punta el largo del águila. Dos garras formidables, muy arqueadas y afiladas como una aguja, con una pata gruesa y fuerte emplumada hasta el extremo de los dedos, constituyen el arma del buho. Su terrible fuerza de contraccion y su dimension, le permitirian coger y



SQUARE DEL CONSERVATORIO DE ARTES Y OFICIOS: VISTA TOMADA DEL BOULEVARD DE SEBASTOPOL.



LA CAZA CON BUHO.

atravesar de parte á parte el brazo de un hombre. Su pico grande y muy corvo se abre mucho por la elasticidad de los lados, y le emplea como accesorio de sus formidables garras. Su plumaje tiene los matices oscuros de los pájaros nocturnos. Su pecho de fondo amarillento, tiene fuertes griveluras de color oscuro. Su enorme cabeza tan gruesa como la de un gato, presenta una faz con dos grandes ojos, en los cuales una pupila negra se mueve sobre una cornea de un hermoso amarillo claro. Tiene unas plumas mas largas y finas que pasan el contorno de la cabeza y forman orejas. Este adorno es la señal distintiva de las tres especies de buhos (el grande, el mediano y el pequeño). Tal es el magnífico animal que sirve de auxiliar en la caza de que voy á tratar en este artículo.

Todos los pájaros están expuestos de noche á los ataques de las aves de rapiña nocturnas. Hasta las aves de esta clase diurnas tienen mucho que temer de esos enemigos invisibles, cuya ala silenciosa no anuncia su proximidad y que les sorprende en un momento en que la oscuridad les hace perder los efectos de la calidad mas eficaz de defensa y de ataque que poseen durante el dia, es decir, *la vista*. Por eso en cuanto se descubre á uno de esos verdugos durante el dia, todos los pájaros, grandes ó pequeños, amigos ó enemigos, se asocian para atacarle, y le atacan cuando á su vez la luz del dia paraliza sus ojos hechos para las tinieblas. Este encarnizamiento general contra el enemigo comun, ha sido explotado como medio de caza.

El cazador con reclamo atrae con la vista y el grito de la lechuza á los mirlos, los abejarucos, y todos los pájaros menudos que al atacar á su enemigo se dejan coger en crecido número con la liga ó los lazos de toda clase que les ponen para ello. Lo que los pajarillos hacen á la lechuza, las aves y sobre todo las de rapiña, lo hacen al buho; la proporcion se conserva.

En octubre cuando viajan las aves de rapiña, y en la primavera cuando hacen sus nidos, el cazador alemán sale á la llanura con su buho que llama *uhu*, por el grito lúgubre que hace oír durante la noche en las selvas.

Una casilla de madera dislocada, que no despierta los recelos de los pájaros que quieren atraer; una choza de follaje ó de cañas sirven de abrigo al cazador. Pero el modo mejor es el que consiste en hacer en un campo un agujero de un metro ó metro y medio de profundidad que cubren con ramas y luego con una capa ligera de estiércol figurando un monton de abono para la tierra. Importa dejar en el interior un espacio para un tiro que es difícil á veces. No lejos del abrigo tiene que haber un árbol despojado de follaje parecido á los que eli-

gen las aves de rapiña para descansar. El papel de este árbol es bien sencillo. Cuando los pájaros han cargado al buho muchas veces sin que hayan podido tirarles,



EL CAZADOR.

van á descansar de sus evoluciones en el árbol, en el cual les alcanza el tiro del cazador, mientras ellos combinan nuevos planes de ataque.

El cazador inteligente dispara siempre al vuelo eli-

giendo el instante en que el ave de rapiña carga sobre el buho para arrancarle los ojos con el pico ó con las uñas. Esto honra al cazador; y el tiro así es tanto mas difícil, cuanto que á través del ventanillo de su barraca el tirador apenas puede apreciar la distancia, y que además, ciertas aves de rapiña tienen un vuelo sumamente rápido durante el ataque.

La caza con buho se hace poco; hay poquísimas personas que la han experimentado, y por esta razon ocasiona frecuentes desgracias. Me acuerdo ahora de uno de mis amigos que no estando familiarizado con esta caza, y no habiendo observado que el cazador debe tener un guante relleno de erin para llevar el buho, como hace el halconero, le puso sobre su brazo, y pagó su imprudencia por ocho picotazos que le dió el buho.

Otra vez un joven cazador de Baden distinguió un buho en medio del campo y le pegó un tiro. Pero hé aquí que el animal muerto se empleaba útilmente para la caza, y nuestro joven debió pagar 30 florines para resarcir á su amo.

A veces se ha puesto en duda no la utilidad de la caza de que estoy tratando, sino la oportunidad de las aves de rapiña en general. Esas aves, dicen, destruyen muchos ratones, larvas, etc.

Convengo, en parte solamente y por lo que toca á los ratones, que la objecion no carece de fundamento. Las aves de rapiña nocturnas destruyen muchos tambien, pero en cambio sus compañeras diurnas no tienen ocasion para hacer otro tanto. Los ratones no salen mas que de noche de sus agujeros, y apenas asoma uno de veinte á la luz del sol. Solo esta observacion defiende la caza con buho que se hace contra aves de rapiña diurnas por medio de aves nocturnas. Y luego se puede creer que en paises tan llenos de caza como los nuestros, el halcon que tiene á la vista durante ocho meses toda clase de caza delicada, ¿se va á divertir en comerse un raton viejo que sale á buscar alimento para sus hijuelos?

No, la utilidad de la caza con buho está probada, y si yo tuviera alguna influencia con los poderosos de la tierra, les diria que al ocuparse de las leyes, favorecieran lo mas posible esta caza, que además de ser útil y divertida, tiene la circunstancia de que procura al discípulo de San Huberto el placer de tirar algunos tiros en una época en que por lo regular las escopetas están colgadas. Bien reglamentada y favorecida, esta caza podría llegar á ser de utilidad pública. Así lo han comprendido ya los alemanes, pues cada año se hace un verdadero comercio de *uhus* en Dananeschingen, en la Selva Negra, y un buho bien enseñado, lo menos que vale es diez pesos fuertes.

L.

LOS AVENTUREROS.

(Continuacion.)

— Os suplico, señor, me dijo una mañana en tanto que me vestía, os suplico que me perdoneis la libertad que me tomo... ¿Quereis hacerme un favor?

— ¿Cuál, y en qué consiste?

— Teneis la cre, y yo tengo unas botellas cuyo contenido quisiera preservar del contacto del aire, siempre funesto á las materias volátiles.

Esta palabra científica me ahorró el trabajo de preguntarle porqué el día antes encontré manchas de aceite en las hojas de mi tratado de química.

Cedile como un gran favor la mitad de mi lacre. Era la víspera del día que debíamos saltar en tierra.

Al día siguiente cuando desembarcamos con nuestros caballos, Benito parecía loco de alegría. Despues de haber andado una hora en direccion del sudeste, perdimos de vista el Missouri. En aquel instante me ocurrió la idea de preguntar á Benito qué habia hecho de sus botellas.

— No creo que el señor llegase á creer que las compraba para llevármelas, respondió.

— Entonces, ¿á qué venia el lacrarlas con tanto cuidado?...

Benito sacó de su faltriguera un bolsón de piel regularmente hinchado de monedas de oro, que contenia de 7 á 800 duros.

— Hé aquí el precio de mis botellas, dijo con aire de triunfo.

— ¿Qué contenian esas botellas, Benito?

— El señor lo sabe bien, puesto que me vió llenarlas de agua del río.

— ¿Y habeis vendido agua del Missouri por valor de cuatro mil francos?

Benito tomó un aspecto grave.

— ¡Estaba lacrada! pronunció el criado con solemnidad, y cada botella llevaba una tarjeta explicando la manera de emplearla... Verted una cantidad de esta agua en tierra: al día siguiente, si el terreno es aurífero, vereis lentejuelas de oro en su superficie.

— Nada prueba, añadió sin abandonar su seriedad, que este no sea un medio excelente...

— ¡No tiene precio vuestro Benito! exclamó la marquesa.

— ¡Magnífico! ¡Magnífico! murmuraron de todas partes.

La marquesa inclinándose hácia su vecina, añadió:

— ¡El vizconde tiene una manera de decir las cosas!...

— ¡Inimitable, señora!

— Creo, concluyó la marquesa, que mi hija será muy feliz.

— No puede menos de serlo, bella señora, murmuró el anciano general O'Brien que se inclinó sonriendo, casándose con un hombre que cuenta historias con tanta gracia.

— ¡Picaron! hizo la marquesa.

En seguida se guardó silencio para dejar hablar al narrador.

M. de Villiers repuso:

— Nos encontramos en la pradera. El gran novelista americano os ha hecho conocer estas estepas del nuevo mundo. Nada de particular tengo que deciros de nuestro viaje ecuestre, sino que fuimos cazados dos veces por los Sioux de á caballo, y que una noche vimos, si bien de bastante lejos, un incendio que parecia cubrir muchas leguas de terreno. Ibamos provistos de víveres. Además, la caza es muy abundante en estos parajes. Benito me decia con frecuencia:

— ¡Si me fuese posible trasportar quince ó veinte fanegas de estas tierras al pié del cerrillo de Montmartre!

A los cincuenta y dos dias de marcha llegamos á las montañas Pedregosas. Tuvimos que dejar nuestros pobres caballos extenuados de fatiga, en un pequeño lugar de chozas que era el último que se encontraba en la llanura, y pasamos á pié la primera cordillera entre esas dos enormes montañas llamadas el Pic-Long y el Pic-James, cuya altura mide mas de dos mil toesas. Al otro lado de las montañas se presenta un valle admirable, cortado hácia su mitad por el Rio-Bravo del Norte. Aquí concluyen los nombres ingleses y empiezan los españoles; entramos en el dominio de los hijos de Cortés.

Permanecimos dos dias en Santafé á fin de reponernos algun tanto, y despues nos dirigimos hácia la Sierra Verde, única barrera que nos separaba de la tierra de oro.

Voy á entrar en seguida en nuestra primera aventura en las montañas de la California, porque os va á dar á conocer á mis buenos amigos los Golden-daggers, y porque os hará saber el origen del arma curiosa que acabais de tener en vuestras manos.

Habiamos seguido durante ocho dias bajo un sol ardiente las orillas del rio Colorado. Acabáramos de dejarlo para dirigimos hácia Sierra Nevada cuyas sumidades cubiertas de nieve descubrimos ya á pesar de hallarnos muy lejos de ella. El aspecto cambiaba rápidamente en derredor nuestro. El terreno empezaba á ser desigual y se encontraban de vez en cuando algunos grupos de árboles. Al poco tiempo empezamos á subir una especie de sendero pedregoso á cuya derecha corria un torrente de agua rojiza. Benito se detuvo de pronto: le vi palidecer en tanto que con el dedo me señalaba sin hablar, un recodo del sendero que habia encima de nosotros. Levanté los ojos y me quedé mirando con la boca abierta mas encantado que asustado. Dos pequeños leones de las Cordilleras, vivos y graciosos como gatos, juguetaban en medio del camino.

— Esto es muy bonito visto de lejos como ahora, me dijo el prudente Benito; pero si os acercais vereis que esos animalitos son grandes como dos ó tres veces un perro de Terranova, y además tienen la detestable gracia de despachar á un padre de familia de una manotada.

— ¿Sois por ventura padre de familia? le pregunté.

Benito no tuvo tiempo de responderme. Una detonacion retumbó por aquellas rocas. Uno de los dos hermosos leoncillos dió un brinco, cayó, se volvió á levantar, anduvo tambaleándose por el borde del barranco, perdió el equilibrio y vino á caer casi á nuestros piés. El otro león, dando un salto prodigioso, se dirigió hácia las rocas de donde habia partido el tiro.

— Preparad vuestra carabina, Benito, dije á mi criado; me parece que vamos á encontrar á quien preguntar por nuestra ruta.

— ¿Quién vive? gritó al mismo tiempo una voz invisible, pero dotada de un acento agudo y violento.

— ¡Amigos! respondí al azar.

Una descarga de fusilería que hizo tender al prudente Benito boca abajo en el suelo, me anunció la muerte del segundo león.

En seguida ví aparecer la cabeza de una columna en el mismo sitio donde jugaban poco antes los dos nobles animales. La mayor parte de aquellas gentes eran hombres pequeños y rechonchos, bronceados como esos personajes que salen de los bajo-relieves romanos. Vestian una especie de uniforme: camisa encarnada, capa ó *manga* de un amarillo chillon ribeteada de un galon negro, pantalon de terciopelo verde oscuro, con las costuras de los lados adornadas de una fila de botones y de una pestaña amarilla; sombrero de corteza de árbol, de alas enormes. Todos iban cargados de armas.

A la distancia de unos cincuenta pasos el jefe me encaró su carabina. Yo no toqué la mia de la espalda.

— ¿Sois americanos? me preguntó en mal español.

— Somos franceses, le respondí.

El mejicano retiró su carabina.

— Se me figura que la Europa no tardará en quedar desierta, dijo en tono de mal humor volviéndose á sus compañeros: hé aquí que tambien los franceses se mezclan en este asunto.

En seguida dió la voz: « ¡De frente, marchen! » La tropa vino hácia nosotros.

Me aparté un poco á fin de dejar el paso libre. Los vestidos de aquellos hombres que desde lejos hacian bastante buen efecto, mirados de cerca parecian harapos. Cuando el jefe pasó por delante de nosotros, nos dijo:

— Saludad, señores, soy el *adaldid*.

Saludamos; en cuanto á él se guardó bien de tocar su sombrero de corteza que se iba á pedazos.

Eran unos treinta á corta diferencia. Casi todos llevaban grandes cadenas de oro que contrastaban singularmente con sus pingajos. En medio de la partida, cuatro hombres llevaban en una camilla un cuerpo humano inanimado, cuya cabeza estaba envuelta en un pañuelo de seda encarnado.

— ¿Es algun muerto? pregunté.

— No, gracias á Dios, respondió el alférez que cerraba la marcha; este hombre vale cien mil duros como vos podeis valer un escudo.

Al decir esto puso la punta de su dedo sobre mi frasco de vino, el cual le ofrecí en seguida. Despues de vaciarlo de un solo trago tuvo la amabilidad de volvérmelo. Un instante despues, el *adaldid* y sus soldados andrajosos desaparecieron en los desfiladeros. Las pieles de los leones desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, y sus cadáveres yacian en el sendero.

— Si los caballeros gustan descansar un rato en mi *cot*, nos dijo una voz gutural que salia de unos cuantos arces plantados al otro lado del barranco, por cuatro duros por cabeza les aseguro una comida excelente.... Los Golden-daggers me han vendido un cuarto de buey que da gusto de verlo.

¡Un cuarto de buey! no podeis imaginaros, señoras mias, las ideas risueñas que la simple palabra *roastbeef* hace nacer en la imaginación de un viajero hambriento que atraviesa montañas de nieve. Buscamos en seguida un pasaje para reunirnos con aquel hombre, quien nos dijo:

— Mi *cot* está á dos pasos de aquí... dentro de un momento estaré con vosotros.

El *cot* era una horrible cabaña, sucia como la choza de un esquimal. El *cotter* hospitalario llegó á ella casi tan pronto como nosotros. Bajo su *caban* de tela llevaba un objeto que no pudimos reconocer.

— Poneos con comodidad, nos dijo al pasar por la pieza principal mientras se encaminaba al local que servia de cocina.

No tardamos en percibir un rico olor de carbonada.

— ¿Qué clase de gente es esa que acaba de pasar? pregunté.

— Son los vecinos de la Sonora, respondió el patron desplegando toda la riqueza del acento irlandés; el año pasado me robaron la mujer, pobrecita... Sin embargo, ¡me costaba tanto trabajo mantenerla!

— La Sonora está bastante lejos de aquí.

— Sí, pero esas gentes tienen las piernas muy listas... ¿Qué os parece este rico olor de carne asada, caballeros?

Las narices de Benito se hinchaban.

— ¿Y qué vienen á hacer por aquí esos vecinos? pregunté otra vez.

— Lo que los Golden-daggers van á hacer á Méjico, señor... Acabo de pedirles noticias de mi pobre Peggy... Era una carga pesada... Su nuevo marido es aquel hombre alto y moreno que llevaba uno de los palos de la camilla... Dios sabe cómo se habrán gobernado para coger vivo al mayor.

— ¿Quién es el mayor?

— Aquel que llevaban en la camilla... ¡ó el diablo! El nuevo marido de mi pobre mujer me ha dicho que me la devolverá cuando sea vieja... ¿Os parece si esto es justo ni cristiano?

El irlandés salió de la cocina trayendo cuatro ó cinco grandes rodanchas de carne asada en un plato de madera.

— Comed, caballeros, repuso, comed con toda confianza.

Benito y yo atacamos vigorosamente el buey vendido por los Golden-daggers. Mis dientes son bastante sólidos; en cuanto á Benito, creo que comeria jamon de caballo viejo. Sin embargo, todos cuantos esfuerzos hicimos para conseguir la masticacion de aquella carne fueron del todo impotentes.

Nuestro patron nos miraba de reojo y hablaba á mas no poder.

— Si los caballeros han venido en busca de oro, decia, me atreveré á aconsejarles que se dirijan al Norte.... Aquí el terreno no vale nada... nada, nada... Apenas gano para vivir.

— ¿Pero qué carne es esta? exclamó Benito asenimado.

Por mi parte habia ya dejado el plato.

— Es buey, replicó amablemente el hombre; buen buey... sino que es algo duro á causa de las heladas de estas últimas noches... Sí, sí, el país es pésimo... no hay en qué ganar un cuarto... Habia sin embargo encontrado un pequeño rincón en el cual establecí mi cabaña, y envié mi papeleta á Monterey. Era propietario de aquello con tanta verdad, como lo es que nosotros, pobres irlandeses, estamos en este mundo solo para padecer... Mas bajaron los Golden-daggers y revolviéron la tierra. Quedó la arena, pero el oro voló... ¡Dios recompense á cada cual segun sus méritos!

Benito arrojó dos duros encima la mesa en el momento en que yo me levantaba.

— Si tu buey debiese pagarse segun sus méritos, buen hombre, creo que no te librarías de una solemne paliza.

El irlandés se guardó prudentemente los dos duros.

— ¡Ay! ¡Dios mio! ¡quién habia de pensar que sus señorías quedarían descontentos! ¡Un buey tan rico!... Dadme los otros seis duros, caballeros; no quiteis nada á un pobre desgraciado. Si me dais los seis duros restantes, y es muy poca cosa en comparacion de la sabrosa carne que habeis comido, os enseñaré el modo de atravesar la montaña sin encontrar á los Golden-daggers.

Benito metia ya su mano en la faltriguera, pero le contuve con un gesto.

— Al contrario, dije al irlandés, me gustaria ver de cerca á esos Golden-daggers.... Te doy los seis duros si me enseñais el camino mas corto para llegar hasta ellos.

El irlandés retrocedió hasta la puerta de su cocina.

— ¡Os gustaria! repitió, ¡os gustaria!... No quisiera decir al caballero que sin duda está poseido del demonio... ¡Ignorais acaso que los Golden-daggers miran con tanta indiferencia la vida de un hombre como una pepita de calabaza?... ¡Os gustaria!... ¡Haceros ahorcar en una palmera... que os precipitasen de lo alto de un despeñadero, ó que os hicieran tajadas como creo que lo harian, irritados como deben estar por la pérdida del mayor?... No, no, á fe mia, os aseguro que no os lo enseñaré. No seria una accion cristiana... ¡á no ser que me deis doce duros al menos!

A pesar de que Benito hizo un gesto de enérgica denegacion, puse los doce duros encima de la mesa.

— ¡Dios proteja á sus señorías! exclamó el irlandés; á aquellos que desean ahogarse no se les puede ocultar el río... Tomareis el sendero por donde bajaban los vecinos; á quinientos pasos de aquí, encontrareis un grande arce partido por un rayo. Girad á la derecha y seguid el desfiladero que penetra en las rocas; no lo dejeis hasta que llegareis á un paraje en que el bejuco púrpura cesa de crecer entre los árboles: allí habeis andado la mitad del camino. Volved á tomar el camino de la derecha, y subid la cuesta tan directamente como podais. Si encontráis la nieve antes de ponerse el sol, ya distinguireis el humo de la gran cabaña.

El irlandés abrió la puerta, y mientras que nos íbamos: — No os invito para que á vuestro regreso vengais á descansar en mi cabaña, repuso meneando la cabeza tristemente; seria inútil; ¡pero al menos no podreis decir que no se os ha avisado!... Los que suben allá arriba no vuelven á bajar... Dios proteja á sus señorías; ya rezaré por el reposo de sus almas.

El irlandés cerró la puerta. En el recodo del sendero encontramos el primer león muerto por los vecinos. Entonces nos fué fácil ver en dónde el buen patron del *cot* compró su carne de rico buey. Dos largas tajadas faltaban en el cuarto trasero del león.

— ¿Es cierto que teneis el antojo de visitar á esos Golden-daggers? preguntó Benito con evidente inquietud.

— He venido aquí para verio todo, le respondí; si no quereis exponeros, quedaos, yo iré solo.

Acabáramos de pasar el grande arce del rayo. A nuestra derecha se presentaba un desfiladero, oscuro como la entrada de una caverna. Benito tubeó un instante.

— ¡Bah! dijo al fin; un hombre puede entenderse con todo el mundo menos con los gendarmes... ¡Adelante!

III.

LA LEYENDA DEL GOLDEN-DAGGER.

Ese tunante de Benito encontraba una benévola acogida entre los convidados de la marquesa. Habíanse sen-

tado todos excepto el vizconde Enrique y M. Jorge Leslie. Poco importaba que el último estuviese de pie ó sentado, pues nadie hacia caso de él. Elena no podía tampoco verle, porque el anciano general O'Brien se habia colocado detrás de su silla.

Por lo demás, parecia que la relacion del vizconde tenia profundamente absorbida la atencion de Jorge Leslie. Escuchábala con religiosa atencion, y su cuento habia hecho cambiar dos ó tres veces la energética expresion de la fisonomía del jóven. Como M. Jorge Leslie habia habitado tambien aquella parte de la América occidental, no debe extrañarse el interés que en él hiciera nacer la narracion del vizconde.

Sin menciónar los parajes que mas habian llamado su atencion, diremos que en el momento en que M. de Villiers habló del personaje designado con el nombre del mayor, al cual los vecinos de la Sonora llevaban en una camilla con la cabeza envuelta con una tira de seda encarnada, M. Jorge Leslie bajó los ojos, en tanto que sus mejillas se coloraban de un rojo escarlata.

— Temo fastidiaros, señoras, interrumpió el vizconde con orgullosa modestia.

— ¡Fastidiarnos! exclamó la marquesa.

La reunion entera protestó vivamente y la marquesa añadió:

— Enrique, puesto que ese original Benito vive en Montmartre, nos llevareis á verle, ¿no es verdad?

— Lo cierto es, dijeron de todas partes, que ese Benito es un personaje muy divertido.

— Estoy siempre á vuestras órdenes, replicó Enrique saludando á la marquesa.

En seguida prosiguió:

— Hémos pues metidos ya en el desfiladero.

Al cabo de una hora de marcha, el bejuco púrpura se enlazaba en los troncos de los árboles, los cuales cambiaban allí de esencia; la temperatura descendia con tanta rapidez que Benito empezaba á tiritar no obstante la fatiga de la marcha.

Al fin vimos ensancharse por arriba las dos subidas enormes por entre las cuales caminábamos.

Los bejucos colgaban ya muertos de las ramas de los árboles.

El horizonte se dilató de repente. La montaña descendia hasta el suelo de la Nueva California; á la izquierda se veia una subida suave cubierta de un espeso bosque de cipreses enanos, el cual, mirado de lejos, ofrecia el aspecto de un viñedo: á la derecha la montaña parecia cortada á pico, mientras que su costado pedregoso desaparecia bajo un espeso tapiz de fresales, desecados por el viento del Oeste. Descollando por encima de este mantel leonado, la higuera de invierno descogia acá y acullá su flor brillante.

Los árboles habian desaparecido, y solo se veian algunos arbustos espinosos cuyas raices, á fuerza de constancia, consiguieran penetrar en las rocas.

A pesar de que el frio se hacia por momentos mas intenso, el sudor corria por nuestra frente. El sol, de un color rojizo, declinaba ya hácia el horizonte.

— Este camino es mas pesado que el del paraíso, murmuraba Benito; ¡y decir aun que vamos á buscar el diablo!

El tapiz de fresales se fué aclarando hasta desaparecer enteramente. Nuestros piés resbalaban sobre la tierra fangosa humedecida por las infiltraciones de la nieve derretida. El liquen, de un blanco verdoso y brillante, no tardó en aparecer á nuestro alrededor.

El dia declinaba sensiblemente cuando llegamos á la primera meseta cubierta de nieve.

A causa de los vientos del noroeste, cuyo soplo es glacial, el nivel de las nieves es mucho mas bajo en la sierra que en las dos grandes cordilleras de las montañas Pedregosas.

Desde que habiamos salido de la cabaña del irlandés del rico huey, no volvimos á encontrar ningun vestigio humano; pero en cambio los descubrimos en abundancia en la meseta donde nos hallábamos. Sin duda allí era donde se habia verificado el combate entre los Cuchillos de oro y los vecinos mejicanos.

Dos cabañas incendiadas de las cuales una humeaba todavia, ofrecian el aspecto de dos grandes agujeros en medio del tapiz blanco. Por todos aquellos alrededores la nieve pisada y hollada estaba cubierta de manchas de sangre.

Cuatro cadáveres habian dejado en ella tan bien impresa su huella, que si esta nieve hubiese sido tierra de fundidor, se hubieran podido vaciar en aquellos moldes medias estatuas.

Al otro lado de la meseta se presentaba un pequeño valle plantado de pinos achaparrados; despues seguia la montaña árida y blanca, ofreciendo la forma de un cono de lados abultados, y cuyo centro formaba una especie de nicho gigantesco.

No se descubria ninguna cabaña en esta hondura, pero veianse salir de ella muchas columnas de humo.

Lo que mas nos llamó la atencion en la perspectiva que ofrecia este lugar, fueron dos grandes rocas situadas delante de esta enorme fragosidad, que parecian haber servido de columnas á la porcion hundida de la montaña. Aquellas rocas presentaban en sus sumidades otras plataformas de piedra semejantes: se hubiese dicho que esos dos pedestales aguardaban cada uno su estatua.

Así que íbamos á penetrar en el valle, Benito se detuvo cogiéndome el brazo de repente.

Siguiendo la direccion de su vista que penetraba por entre los negros troncos de los pinos, ví en la oscuridad que reinaba ya bajo sus copas, dos ojos brillantes y rojos como dos ascuas.

Creiendo á primera vista que era algun animal feroz, eché mano á mi carabina.

Entonces llegó hasta nosotros un acento gutural, en tanto que una forma humana empezó á dar saltos por entre los árboles. A pesar de que le perdimos de vista en un instante, tuve tiempo sin embargo de distinguir la cara sangrienta y pintada de un indio.

— Si el señor quiere, me dijo Benito con calma, podemos retroceder: todavia es tiempo. Nos pondremos en cuclillas como lo hacen los muchachos de nuestro pais para escurrirse por la pendiente de Saint-Chaumont, y llegaremos al desfiladero antes de que ese tunante de la piel encarnada haya dado la señal de alarma.

Benito se equivocaba. Una voz ronca nos echó en seguida el quien vive americano:

— *Who goes there?*

— ¡Caballero francés! respondió en el mismo idioma.

La voz repitió con acento algo burlon:

— *French gentleman!... welcome!... go-on!* (Caballero francés, bien venido... ¡adelante!)

No habia que dudar. Benito se puso la carabina debajo del sobaco como un paraguas, silbando al mismo tiempo la cancion de la cachucha.

— La última vez que punteé el cancan en el Eliseo Montmartre, me dijo Benito, el diablo me lleve si pensaba en lo que nos va á suceder hoy... Probablemente estaba escrito así, como decia el viejo turco que vendia almendrado de Constantina en el boulevard Poissonniere. Aquel almendrado tenia un aspecto muy agradable, pero el que presenta nuestra situacion no vale nada absolutamente.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Los placeres del invierno. — Los bailes de la señora de Errazu. — De los trajes de baile. — El prendido de la señora de Errazu. — Enumeracion de otros vestidos no menos elegantes. — La Siberia en Paris. — Una fiesta nocturna en los lagos del bosque de Boulogne. — El trineo de la emperatriz Eugenia. — Conciertos en Tullerías. — Un regalo de M. de Rothschild á la bailarina Emma Livry. — Los vestidos del primer baile de la corte. — Descripcion del figurin que representa un traje de soirée y otro de calle.

No se trata mas que de fiestas. Ya era tiempo; los salones extranjeros han dado el ejemplo; se habla mucho de los bailes de la señora de Errazu, cuyo hotel es verdaderamente espléndido. Dos salones para bailar, dos centros de conversacion, en uno de los cuales se ve en un cuadro de madera esculpida la pata de un ciervo cazado por el emperador y regalado á la señorita de la casa; un invernáculo como un jardín, alumbrado con arañas de flores, con cascada y surtidor iluminados por la luz eléctrica, una soberbia pajarera y un buffet soberbio, hé ahí las piezas principales de ese palacio, cuyos dueños hacen los honores de él con una gracia perfecta.

En uno de los últimos bailes estaban allí la princesa Czartoryska, hija de la reina Cristina, la duquesa de Sotomayor, las señoras de Arnés, de Grelly, de Grandval, Berjes, Ros, etc. Toda una pléyada de jóvenes radiantes de hermosura, sin contar la señorita Errazu, que seguramente se llevaria la palma en cada baile si no estuviera en su casa.

En casa de madama Troplong ha habido un gran concierto, despues del cual se habria bailado si no estuviese de luto la corte. Para fines de enero se anuncian grandes bailes en las casas de los principales personajes de Paris; por consiguiente, las modas están á la orden del dia y de la noche.

En cuanto á los vestidos de baile se hacen muy voluminosos y muy huecos. El mirriñaque no pierde sus derechos, si bien ha cambiado de forma; en vez de describir una campana ó un globo, se abre en figura de abanico, lo que es mas gracioso.

Voy á describir algunos lindos vestidos de madama Gauduin, compatriota de mis lectoras, y que está muy favorecida por las elegantes parisienses. No se habla mas que de su gusto y talento, y todas quieren ser vestidas por ella. Es verdad que cada vestido que sale de su casa tiene un sello particular; si no, aquí están estos modelos de trajes de baile y de calle.

Pero ante todo una pregunta.

Sin duda tenéis volantes de encaje y de Chantilly y no sabéis qué hacer de ellos porque os han dicho que ya no se usan. Madama Gauduin ha encontrado este medio de emplearlos. Sobre un vestido muy hueco de tul rosa, se colocan sobrepuestos los tres volantes de encaje encima de un tul rosa algo firme. El encaje se pierde digámoslo así, en los bullones de tul. Luego una túnica Pompadour de tul rosa vela todo el traje y va recogida por un lado con un grueso ramillete de rosas sin follaje. El cuerpo tiene draperías de tul con puntilla de Inglaterra. Hé ahí un vestido muy elegante, muy rico, y sin embargo infringe las leyes de la moda, pues ellas han decretado que ya no se han de llevar tres volantes.

Ahora voy á describir un traje precioso que llevaba la señora de Errazu en uno de sus últimos bailes.

Componiase de un vestido de crespón blanco adornado con dos volantes de Chantilly montados por detrás en manto de corte y formando cola recogida por un lado con un grueso lazo de tafetan blanco orlado de terciopelo negro con diamantes. Los dos volantes de encaje estaban sostenidos por gruesas ruches de crespón blanco. El cuerpo tenia draperías de crespón y de encaje negro con lazos en los hombros, resplandecientes de brillantes.

En el baile de la señora de Errazu habia otros vestidos no menos lujosos. Voy á señalar algunos de ellos:

— Un vestido de tul rosa Trianon con una primera falda hueca, sobre la cual caian tres faldas recogidas al rededor de distancia en distancia con rosas Trianon. El cuerpo llevaba

draperías y adornos de rosas; una en cada hombro y otra en medio.

— Otro vestido de tul ilusión cubierto con un largo manto de corte bordado de plata y sostenido al lado por un grueso lazo de tafetan verde con franja de plata.

— Otro de terciopelo otomano azul celeste abierto por un lado y sobre una falda de raso blanco. La abertura tenia bullones de tul con ramos de camelias blancas naturales. Los contornos del vestido estaban adornados con dos hileras de punto de Alençon guarnecidos de trenzilla de oro. El cuerpo era de un estilo original; por delante y por detrás formaba un roseton de tul con bullones sobre raso blanco sostenido por listas de terciopelo azul.

— Otro de tul ilusión compuesto de ocho paños dobles puestos los unos sobre los otros. Por un lado se agrupaban en escape por detrás tres lazos de terciopelo negro y de plumas blancas sostenidos por un grueso boton de diamantes. La pluma se enroscaba en el terciopelo negro y caia en copos de nieve sobre el tul. El cuerpo tenia draperías de tul con igual adorno en medio. Las mangas caian en un largo velo de tul hasta el bajo de la falda. ¡Cuán lindos son los brazos cuando aparecen á través de una nube de tul!

Por último, habia otro vestido que conviene igualmente á las niñas de ojos negros y ojos azules.

Este vestido de tul rosa se componia de once pequeños volantes acanalados orlados de blondas y que caian en ondas caprichosas sobre la falda. Encima de los volantes de tul habia una túnica de tul blanco ilustrada de anchos anillos de oro que se enlazaban hácia el borde. El cuerpo llevaba draperías de tul rosa guarnecidas de una franja de oro y coronadas á guisa de gorguera, de copos de blonda figurando nieve.

Dejemos ahora los trajes de baile para tratar de los de calle y visitas.

En los días de frio rigoroso que acabamos de pasar se han visto lujosos vestidos guarnecidos de pieles. Las señoras mas elegantes llevaban esclavinas á la Czarina forradas de pieles. La elegancia parisiense se dirigia en masa al bosque de Boulogne para contemplar desde la orilla del lago á los patinadores, si es que no se tomaba parte en la fiesta. Mucho se ha patinado este año en los lagos; y el mas elegante é intrépido de los patinadores es S. M. el emperador. Una fiesta nocturna ha sido ofrecida allí al emperador y á la emperatriz. El tripeo de S. M. la emperatriz era dorado y estaba forrado de terciopelo violeta con linternas venecianas entre flores artificiales. La emperatriz Eugenia llevaba un sombrero catalán y una esclavina forrada de pieles.

Para los conciertos de Tullerías la emperatriz se ha mandado hacer un aderezo de diamantes negros y de azabache. Los broches se componen de todas las flores que son emblemas del luto, y la diadema es de siemprevivas con lacitos de diamantes y de azabache.

Parece ser que las mariposas están muy á la moda y que disfrutan del favor que tenian en tiempo de Luis XV. M. de Rostchild acaba de regalar á la bailarina Emma Livry una mariposa de brillantes y piedras finas, en la cual hay diamantes de todos los colores conocidos, azules, amarillos, rosados y negros. Además hay esmeraldas y rubíes.

Para el primer baile se preparan vestidos preciosos. Entre otros citaré: — Un vestido de tafetan blanco guarnecido con dos volantes de encaje negro separados con bullones de tul; cuerpo con draperías y encajes, y las mangas lisas y cortas; por tocado un bandó de terciopelo negro sembrado de estrellas de oro ó de diamantes; — otro vestido de tarlatana rosa cubierto de volantes Pompadour con berta de tarlatana guarnecida con tres volantes pequeños y adornada de rosas de Bengala; — por último, otro de tul azul sobre fondo raso del mismo color. La primera falda lleva bullones abajo y entre ellos margaritas blancas sin hojas. Sobre esta falda una túnica en forma de manto de corte recogida á la izquierda con una diadema de margaritas. Cuerpo con draperías y tocado Cérés de margaritas.

Para tocados de baile se llevan coronas en forma de diadema, género que no conviene á todas las personas.

Se hacen preciosas diademas de terciopelo negro bordadas de oro con plumas blancas caídas sobre los hombros.

Hé aquí algunas de ellas:

— Un turbante con violetas de Parma.

— Un tocado de rosas y lilas mezcladas que caen sobre el hombro.

— Una Cérés de florecillas silvestres de oro.

Nuestro figurin representa dos prendidos bien distintos, uno de soirée y otro de calle.

El primero se compone de un vestido de moaré antiguo con anchas bandas color malva y blanco, adornado sobre el delantero con volantes á la antigua de terciopelo ó moaré malva orlados de encaje negro. El cuerpo escotado lleva un volante en punta y formando berta con camisolín de tul y punto de Inglaterra. Mangas medio cortas con volantes pequeños y mangas interiores de tul y punto de Inglaterra. Guantes blancos. Tocado de punto de Inglaterra formando barba á cada lado y con ramas de lila Zapato de raso blanco.

La segunda figura lleva un traje de moaré francés verde. En medio de la falda hay un rizado Pompadour adornado á cada lado con un lazo de cinta y haciendo describir al vestido una especie de segunda falda. El cuerpo va entreabierto sobre un camisolín bordado. Las mangas de vuelta llevan cinco bullones pequeños. Mangas interiores de muselina. El sombrero es de terciopelo real blanco adornado de terciopelo color de granada. Al lado un ramillete de estas flores y cintas blancas. — Botitas negras.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Febrero.

Varron da el origen siguiente á la palabra latina *februarius*: «*Februum* entre los sabinos significaba purificación. *Februarius* se llama así porque durante este mes

se hacian sacrificios á los dioses infernales. Creo que *februarius* proviene mas bien de *februatus*, nombre del dia expiatorio en que los Lupercos recorren desnudos la antigua ciudad del monte Palatino, rodeados de la muchedumbre popular. »

Esta etimología parece natural; los romanos hacian sacrificios durante los doce últimos dias del año para purificarse y para pedir á los dioses el reposo de las almas de los difuntos; y como estos sacrificios y purificaciones se llamaban *februales*, debieron nombrar *februarius* el mes en que se hacian.

Ovidio en sus Fastos da el mismo origen al nombre de febrero.

«*Februa*, entre nuestros padres, significaba ceremonia expiatoria, y en mas de una circunstancia puede reconocerse aun esta etimología. La lana que los pontífices reciben del rey de los sacrificios y del flamin se



llamaba *februa* en el antiguo idioma, así como el trigo tostado y la sal que el lictor lleva á las casas designadas para ser purificadas, y así como el ramo que cortado sobre el árbol puro, corona la casta frente de los sacerdotes. Yo mismo he visto á una flamina pedir los *februa* y la dieron una rama de pino. En fin, todo lo que es expiación para la conciencia del hombre estaba designado con ese nombre entre nuestros antepasados de barba larga. Este mes se llama pues *februarius*, porque el Lupercos rocia entonces todos los lugares con agua lustral por medio de unas correas que limpian de toda mancha; ó bien porque entonces apaciguan los manes de los muertos, y la vida vuelve á comenzar mas pura, una vez que han pasado los dias de las ceremonias fúnebres. No hay impiedad ni crimen funesto que nuestros abuelos no creyesen poder borrar con la expiación. »

Festus da otra etimología de febrero; supone que este mes se hallaba consagrado á Juno, que los romanos llamaban *februa* ó *februalis*; por esto le honraban con un culto particular durante el mes de febrero. A nuestro juicio, hay que atenerse á la primera version, pues nos parece que Festus toma aquí el efecto por la causa.

El mes de febrero no figuraba en el calendario de Roma, y fué añadido á él por Numa Pompilio; por eso en los primeros siglos de Roma este mes era el último del año. Febrer precedió á enero

hasta la época en que los decenviros ordenaron que seria el segundo mes del año, y seguiria inmediatamente á enero.

El sol, durante la mayor parte de este mes, recorre el signo del Acuario, y entra hácia el fin en el de los Piscis.

Hé aquí lo que dice Ovidio sobre el origen de los Piscis :

«Piscis, hácia vosotros se dirigen los caballos del sol Astros vecinos hoy en el cielo, en otro tiempo fuisteis hermanos en las ondas, donde vuestra húmeda espalda llevaba á dos divinidades. Cuando Júpiter combatía por el imperio del cielo, Dioné, huyendo del horrible Tífon, llegó hasta el Eufrates llevando consigo á Cupido niño. Se sentó en las márgenes del rio que riega la Palestina; el extremo del ribazo estaba plantado de álamos y de cañas, pero Dioné pensó ocultarse á todas las miradas, gracias sobre todo á los sauces. Se oculta pues; mas de repente el viento muge en la selva. Pálida de espanto, se cree ya en manos del enemigo, y estrechando á su niño en su seno, exclamó : «Ninfas, socorrednos, salvad á dos divinidades.» Dice y se lanza; dos peces gemelos la reciben, y á causa de este beneficio los vemos hoy brillar en el cielo. Nunca desde aquel tiempo ha salido un pez á la mesa de los sirios; comiendo un pez creerian cometer un sacrilegio. »

Nigidius cuenta que estos peces se hallaban en el rio Eufrates; que allí encontraron un huevo enorme; que le llevaron á la orilla; que una paloma ó el pájaro de Vénus vino á cubrirle, y que pocos dias despues salió de él la diosa de Siria, la misma que Vénus. Esta diosa se interesaba por la felicidad de los hombres é hizo en su favor todo lo que creyó mas útil. Su respeto á los dioses y su benevolencia con los hombres la merecieron el mayor elogio, y Júpiter quiso saber lo que deseaba; en su consecuencia este dios señaló á los peces un puesto entre los doce signos del Zodiaco. Desde aquella época los sirios no comen peces y honran mucho á las palomas.

Este signo es el domicilio de Júpiter, el lugar de la exaltacion de Vénus y el asiento de Neptuno en la distribucion de los signos entre los doce grandes dioses. Está destinado al elemento del agua.

La guirnalda humana, que nuestro hábil dibujante M. Walcher nos ofrece para el mes de febrero, es una bonita invencion que le pertenece, y en la que lo grotesco se presenta bajo todas las formas. Hombres y mujeres rivalizan en locura. Bajo la careta todo está permitido. Bacantes, brujas, magistrados, artistas, postillones, Júpiter y Polichinela, todos se abandonan en tumulto al regocijo mas alborotado. Carnaval reina como soberano absoluto, y cada cual se resiente de su influencia mágica. Política, miseria, enfermedades, ¿qué nos importa todo esto en tan loca fiesta? Tenemos todo un año para pensar y sufrir, y no mas que tres dias para divertirnos. Así se raciona en todas partes. En vano la razon ha querido ahuyentar estos restos de épocas de barbarie; el carnaval aparece cada año mas brillante y con nueva vida, como M. Walcher, lo representa en nuestra lámina.

